

## GEOGRAFÍA Y MECÁNICAS CEREBRALES.

La estructura y el mecanismo del órgano por el cual pensamos, no pueden ser comprendidos hoy más que de un modo aproximado. Han de trascurrir probablemente varios siglos antes que los anatomistas sean capaces de seguir las corrientes nerviosas de fibra en fibra y de célula en célula, desde su comienzo hasta su fin; sus relaciones son casi invisibles, y su modo de obrar, lo es por completo. Cuando el Micromégas de Voltaire descendió á nuestro planeta, por lo pronto no vió más que huecos y bultos; un gran río se le aparecía como una línea delgada, torcida y brillante; una ciudad no era para él más que una pequeña mancha gris inmóvil, y la tierra recorrida en treinta y seis horas le pareció una bola irregular, desierta, incapaz de tener habitantes. Tal es, poco más ó menos, el encéfalo para nuestra simple vista: una bola blanda que pesa de dos á tres libras, cubierta con una especie de corteza sinuosa, gris en la superficie, blanqueza por debajo, en el interior de las capas y huesos mal circunscritos, aquí y allá algunas hendiduras y cavidades en una mezcla de partes blancas y partes grises. Es verdad, que Micromégas, habiendo roto su collar, uno de sus diamantes le proporciona un microscopio de dos mil quinientos piés de diámetro; así es que hizo grandes descubrimientos. Pero nuestros microscopios no son tan buenos como el suyo, y lo que ellos nos enseñan parece hecho para desanimarnos, más que para instruirnos.

El diámetro de una célula nerviosa es de 1 á 8 centésimas de milímetro, y son necesarias cerca de 280 fibras nerviosas para constituir el grueso de un cabello. Si se corta en la corteza cerebral un pedazo cuadrado que tenga un milímetro de un lado y una décima de milímetro por el otro, se cuentan por tér-

mino medio de 100 á 120 células (1), lo que da sólo para la corteza cerebral 500 millones de células, y á razón de 4 fibras por célula dos billones de fibras; todavía algunos anatomistas son de parecer que se deben doblar estas cifras. Ahora bien, la corteza cerebral no tiene más que milímetro y medio de grueso, y todo el encéfalo, toda la médula se compone igualmente de células y fibras; juzgad de su número. En cuanto á su laberinto, es prodigioso. Ramificados como las raíces de una planta, cada uno de los treinta y un pares de nervios espinales entran en la médula y por la médula á comunicarse con el encéfalo; añadidles doce pares de nervios cerebrales que entran directamente en el encéfalo; esto constituye un tejido continuo y complicado de innumerables hilos blancos y de innumerables mallas grises, una cuerda con miriadas de nudos que llena el tubo vertebral, una pelota con millones de nudos que llena la caja cerebral. ¿Cómo devanar semejante madeja?—En el tubo vertebral y hasta la entrada de la caja se ha llegado casi á seguir la marcha ascendente ó descendente de la corriente nerviosa, y se ha podido hacer constar con bastante certeza las funciones de los distintos cordones grises ó blancos de la médula, del bulbo y aun de la protuberancia.

Pero más allá, particularmente entre la protuberancia y los hemisferios, las experiencias son más difíciles, la interpretación á que se prestan es más incierta: los sábios especialistas no están de acuerdo. Sobre los ganglios intermedios ó colaterales que ocupan la región media ó posterior del encéfalo, sobre los pedúnculos cerebrales y sus dos asientos, sobre los cuerpos estriados y sus dos tubos, sobre los asientos ópticos, sobre el cerebelo, las indagaciones se están verificando y la teoría está más bien indicada que completa. Es necesario esperar á que se forme de un modo estable: la psicología no debe alojarse en este edificio fisioló-

(1) Luys, *le Cervan*, p. 14. Bain, *le Esprit et le Corps*, p. 111.

gico hasta que la fisiología lo haya acabado. No obstante, los jalones que hemos plantado bastan para marcar las líneas principales, y la correspondencia entre la acción nerviosa y la acción mental, nos permite conducir el análisis más allá de las nociones que el microscopio nos proporciona.

Aunque el aparato nervioso sea muy complicado, los elementos de que se compone son muy poco numerosos, puesto que no tiene más que dos, el hilo nervioso y la célula. Además, el orden primitivo de estos elementos es muy sencillo porque consiste en una célula y en dos hilos nerviosos, el uno aferente, el otro eferente, ambos á dos órganos de trasmisión; el primero transmitiendo hasta la célula el sacudimiento que ha recibido en su cabo final, el segundo transmitiendo hasta su cabo final el sacudimiento que ha recibido de la célula.

Tal es el instrumento nervioso elemental; en cuanto á su empleo, es el de una rueda y en general de una rueda capital en una máquina. Por su nervio eferente, concluye en otro órgano que él pone en juego, en una glándula cuya secreción provoca, más comunmente en un músculo que él contrae y que, contrayéndose cierra un vaso ó mueve un miembro. Desde entonces se comprende su oficio; después, se comprende su construcción, su distribución, las combinaciones más sencillas y aun puede concebirlas de antemano porque están reguladas en vista de este oficio.

Si se toma la parte posterior de una rana y se vierte una gota de ácido acético sobre lo alto de la pierna izquierda ó sobre la parte adyacente del lomo, se vé la parte posterior izquierda doblarse de modo que el pié izquierdo viene á frotar el punto untado. De una manera análoga, sobre un hombre decapitado, cuya médula espinal habia reanimado la electricidad, el doctor Robin, habiendo raspado con un escalpelo la parte derecha del pecho, vió levantarse el brazo del mismo lado como para ejecutar un movimiento de defensa. Semejantes movimientos, suponen la contracción de un gran número de músculos con empleos diferentes, extensores, flexores, abductores, adductores, pronadores, supinadores, rotadores de afuera, rotadores de adentro, juntos y alternativamente cada uno á su vez y á su tiempo en la serie total de las contracciones sucesivas. Para

precisar las ideas, designemos los músculos del miembro por números, y supongamos que para ejecutar el movimiento se contraigan los siguientes por este orden: 1, 3, 6, 7, 8, 11, 12, 14, 12, 14, 15. Para que cada uno de estos músculos haya podido jugar separadamente, es preciso, no solo que esté provisto de un nervio motor distinto, sino tambien que este nervio motor se halle animado por una célula distinta. Para que los diversos nervios motores hayan obrado en el orden que indicamos, es preciso que sus células respectivas hayan obrado en el mismo orden. Para que ellas puedan obrar en este orden es preciso que se comuniquen entre sí por hilos nerviosos en el orden indicado. Para que hayan obrado en este orden, es necesario que una corriente nerviosa las haya atravesado en el mismo orden. Gracias á este mecanismo ó á un mecanismo equivalente, la irritación transmitida por un solo nervio aferente á la primera célula, ha bastado para provocar la serie indicada de contracciones musculares y por consecuencia, el movimiento complicado y apropiado de todo el miembro posterior ó anterior.

Casi todas las funciones del cuerpo vivo suponen un mecanismo análogo; porque todas comprenden entre sus elementos una acción refleja, y en casi todas la acción refleja termina, no ya en la contracción aislada de un solo músculo, sino en la contracción sucesiva de varios músculos en un orden determinado. Más de treinta pares de músculos deben obrar en un cierto orden para que el niño pueda mamar, y se ha visto un recién nacido, cuyo cráneo habia abierto y vaciado Boyer, no solamente gritar, sino mamar el dedo introducido en sus labios. Cada uno de estos mecanismos está situado en un montón de sustancia gris, es decir, en un grupo de células ligadas entre sí por fibras nerviosas. Se conoce su asiento, los nervios aferentes que lo ponen en movimiento, los nervios eferentes á los cuales él dá el impulso; es un organillo en el cual se puede designar la caja, el manubrio y la tocata, pero nada más. Lo que acontece en la caja escapa á nuestra observación y sólo podemos conjeturarlo. Muchos de estos organillos no tienen más que una tocata, y, en estado normal, un manubrio no dá más que un impulso, siempre el mismo. Así el contacto del aire y de los vesículos pulmonares provoca necesaria-

mente, por una acción refleja del bulbo, un sistema alternativo y siempre el mismo de contracciones musculares; son los dos tiempos del movimiento respiratorio. Asimismo, por otra acción refleja del bulbo, el contacto de un alimento y en general de un cuerpo cualquiera con las paredes de la faringe, hace que se contraigan alternativamente y siempre de la misma manera, y por de pronto los músculos constrictores de la faringe y los glosio-faríngeos, después los músculos circulares y longitudinales del exófago y se opera la deglución.

En estos dos casos, el juego de la máquina animal es tan sabio, pero tan ciego también como el de un organillo: cuando el manubrio da vueltas, suena la tocata, que quiera que nó, con efectos útiles ó nocivos, poco importa; cuando las paredes de la faringe se ponen en contacto con un objeto se realiza la deglución quiérase ó no, cualquiera que fuese el objeto, aunque fuese un tenedor; el tenedor desciende, cojido como por unas pinzas, y va más abajo á perforar el estómago.—En otros casos, por ejemplo, en el de los miembros, el juego del organillo es tan ciego; pero, siendo más acertado parece el efecto de una decisión inteligente y casi libre. La verdad es que el organillo, en lugar de una sola tocata tiene varias, y aún varias docenas, todas apropiadas y adaptadas. Así en el trozo posterior de la rana, cortada en dos, según que el punto irritado por el ácido acético esté situado sobre el lomo ó sobre la pierna, el miembro posterior ejecuta para llegar allí, ya un movimiento, ya otro; es preciso, pues, que en la médula como en un organillo dispuesto á tocar varias piezas, exista un número bastante grande de células y de nervios intercelulares, para que puedan producirse varias docenas de combinaciones distintas y de circuitos independientes. Según que el primer choque del manubrio del organillo ha puesto el cilindro interior en tal ó cual mortaja, el organillo toca tal ó cual pieza. Según que tal ó cual nervio aferente ha conmovido tal ó cual célula, la corriente nerviosa sigue un camino diferente en la serie de las células, mueve en orden distinto la serie de los nervios motores, y provoca por una combinación particular contracciones musculares, una combinación particular de movimientos.

Aquellas son disposiciones anatómicas pre-

establecidas como las de los músculos, las de los tendones, las de las articulaciones y las de los huesos; por esta distribución y por estas conexiones de las células y de los nervios, los caminos de la corriente nerviosa están trazados de antemano. Aquí interviene una propiedad que distingue la máquina nerviosa de nuestras máquinas ordinarias. Su función la modifica. Cuanto más ha sido recorrido un camino por las corrientes anteriores, más probabilidad tienen de tomarlo y seguirlo las corrientes ulteriores. Al principio no lo han tomado sino difícilmente; no lo han seguido hasta el fin; no lo han seguido sino bajo la influencia del cerebro y del pensamiento.

Después de varios ensayos, y á fuerza de repeticiones, concluyen por tomarlo de un golpe, por seguirlo hasta el fin, por tomarlo y seguirlo sin la intervención del cerebro y del pensamiento. Así sucede, que después de un aprendizaje más ó menos prolongado, ejecutamos maquinalmente, y sin pensar en ello, todos nuestros movimientos adquiridos, marcha, carrera, natación, equitación, manejo de un arma, de una herramienta, de un instrumento de música. En todos estos casos, la médula ha contraído costumbres y ha recibido educación bajo la dirección del encéfalo; pero separada del encéfalo guarda su educación y conserva sus costumbres. En el decapitado del doctor Robin, el movimiento ejecutado por el brazo y la mano derecha, era un movimiento de defensa que un recién nacido no sabría aún ejecutar. En el ratón, al cual Vulpiano había quitado todo el encéfalo, menos la protuberancia, el sobresalto provocado por un bufido brusco y extridente como el de los gatos, era también una reacción determinada por la experiencia. Así, cuando en la parte posterior de la rana, el pié izquierdo posterior viene á frotar el punto irritado del lomo, el ganglio de la médula que gobierna esta operación complicada se adapta á ella de dos maneras: primero por su estructura innata, después por sus modificaciones adquiridas. La naturaleza ha trazado en él todos los caminos que pueden ser útiles; entre estos caminos, la práctica ha allanado, acabado, aislado, los más útiles, y hoy la corriente nerviosa sigue la vía que la naturaleza unida á la práctica la ha preparado.

Tal es el tipo real del centro nervioso; este

es el que es preciso concebir en vez del tipo reducido que para comodidad de la exposicion se ha representado más arriba. En lugar de una sola célula provista de un solo nervio aferente y de un solo nervio eferente, éste centro comprende varias centenas ó varios millares de nervios aferentes, de nervios eferentes, de células y de nervios intercelulares, en los cuales la corriente nerviosa se propaga por varias centenas y varios millares de caminos distintos é independientes. Por consecuencia, para establecer la comunicacion entre un aparato tan complejo y en aparatos análogos, colocados debajo y encima de él, es necesario, no una línea sola de nervios y de células, como en el tipo reducido, sino millares y myriadas de células y de nervios. Esto es lo que indican el microscopio, las vivisecciones y las observaciones patológicas.—Por una parte, las células y las fibras nerviosas se hallan en la médula espinal por cientos de miles, y un tejido no interrumpido proporciona los medios de comunicacion necesarios. Por otra parte, el tejido funciona para establecer esta comunicacion; porque, así que se rompe su continuidad, cesa la comunicacion entre la parte inferior y la parte superior; las impresiones de la primera no llegan ya á la segunda; las impresiones de la segunda no llegan ya á la primera.—Hasta se puede designar la porcion del tejido en la que las impresiones sensitivas se trasforman en impulsiones motrices: es el eje de la médula largo cordon de sustancia gris. Compuesto principalmente de células, forma una cadena continuada de grupos nerviosos, que son centros de accion refleja. Gracias á este encadenamiento, los diversos centros pueden coordinar sus acciones distintas, y son numerosas; porque sin contar las especiales, hay en la médula espinal lo ménos sesenta, y dos distribuidos en treinta y una parejas, que corresponden cada una á uno de los nervios espinales.

Tantos son allí los organillos diferentes, que, ligados los unos á los otros, se impulsan mutuamente y en estado normal, suenan concertadamente como una buena orquesta.—Semejante mecanismo, sobrepuja con mucho á los que nosotros podemos construir y aun imaginar. Y no obstante, existe y opera. En la rana, á la que se ha quitado el cerebro, si se la pincha ó se la cauteriza una parte del lomo, no solamente la pata posterior del mismo lado ejecuta el movi-

miento de defensa que se ha descrito más arriba, sino que tambien se ha observado que, prolongándose la irritacion, la otra pata posterior viene en auxilio, y al fin la rana salta, huye, y para huir se sirve de sus cuatro miembros, de todo su cuerpo, de todos sus músculos.

Los animales superiores ofrecen alguna vez el mismo espectáculo. En un experimento hecho en Strasburgo habiendo amputado Kuss la cabeza de un conejo con tijeras mal afiladas que picaron la parte blanda de modo que se impidió la hemorrágia, vió al animal reducido á su médula espiral; «lanzarse de la mesa y recorrer toda la sala con un movimiento de locomocion perfectamente regular.» Ahora bien, la locomocion regular supone el juego alternativo, sistemático, coordinado no sólo de los cuatro miembros, sino tambien de otros muchos músculos que reciben su juego alternativo, sistemático, coordinado de varios centros distintos de los dos lados con las regiones superiores y en las regiones inferiores de la médula. Y este juego total, tan complicado, tan armonioso, tan bien adaptado á la preservacion del animal, es provocado por toda irritacion un poco intensa, cualquiera que sea el asiento á derecha ó á izquierda, adelante ó á atrás, en los miembros ó en el tronco.

Entre estos mecanismos ligados entre sí, los unos están subordinados á los otros; su conjunto no es una república de iguales, sino una gerarquía de funcionarios, y el sistema de los centros nerviosos en la médula y en el encéfalo semeja al sistema de los poderes administrativos en un Estado.

En cada departamento, para todo asunto local, el prefecto recibe los informes y da las órdenes: algunas veces, despues de haber recibido el informe, da la orden por sí mismo; otras, lo traslada al ministro y espera para obrar la decision de su superior. En el primer caso, entre el informe y la orden, la distancia es corta: no hay más que un corredor entre el despacho de noticias y el de órdenes. En el segundo caso, la distancia es grande; es preciso que la noticia expedida por la primer oficina á la capital venga de ella bajo forma de orden á la segunda.

Tal es el doble papel de los treinta y un centros espinales; son otras tantas prefecturas subordinadas á un ministerio que tiene su asiento en la médula oblongada. Cada uno de estos centros tiene su departamento ó territorio propio;

recibe allí los informes por sus nervios sensitivos; y allí da las órdenes por medio de sus nervios motores. Sus nervios sensitivos llegan todos á él por un sólo camino, su raíz anterior; de este modo, en su departamento la oficina de informes está contigua á la oficina de órdenes. De la primera á la segunda hora la comunicacion es directa: en este caso el informe determina la orden sin intermediario, ora es indirecta: en este caso el informe no determina la orden que despues de dos operaciones interpuestas: es necesario desde luégo que, por medio de una primer corriente nerviosa, la noticia suba del centro local á la médula oblongada; es preciso además que por una segunda corriente nerviosa la orden descienda desde la médula oblongada hasta el centro local. Comunmente parten al mismo tiempo otras órdenes desde la médula oblongada hácia los otros centros locales. De esta manera, una sola noticia trasmitida por un solo centro local, provoca en el centro superior un sistema de órdenes coordinadas que los diversos centros locales, cada uno por su parte, cada uno en su terreno, cada uno en su grado; y bajo este jefe único todas estas administraciones distintas obran con armonía.

H. TAINÉ.

(Concluirá.)

---

## EL GABINETE MINISTERIAL EN INGLATERRA

---

El Gabinete; he aquí una palabra que no encontraremos en los textos de la Constitución inglesa por más detallada y minuciosamente que la examinemos; en vano se buscarán en ella sus atribuciones y funciones que no se han fijado en el Código fundamental de la nación, es preciso acudir á las costumbres no escritas que tal institucion, como otras muchas de este pueblo, ha tenido un origen y proceso verdaderamente-histórico, procedimiento característico y singular que al crear una magistratura lo hace satisfaciendo las exigencias de verdaderas necesidades sociales, perfeccionándolas despues paulatina y deliberadamente, y siendo respetadas sus funciones propias al amparo

de la *common-law* por todos los poderes políticos de aquella democrática nacion.

Pero si es cierto que las leyes británicas no determinan ni el círculo de atribuciones de tal institucion, ni siquiera acusan su existencia, no lo es ménos que en la práctica estas son tan extensas que bastaria sustituir el monarca inglés por un presidente para que tal Gabinete fuera un perfecto ministerio de un Gobierno republicano. Importa hoy mucho definir exactamente tales atribuciones pues ya que surgen de nuevo las repúblicas y el porvenir les prepara anchos campos, débese evitar en lo posible las influencias y poderes unipersonales que siempre caprichos han dejado ya sentir sus influencias en las modernas repúblicas francesa y norte americana, viendo en definitiva; si los representantes del poder ejecutivo de una nacion democrática han de constituir un poder superior ó fuera de la influencia del poder legislativo, ó por el contrario, han de estar influidos constantemente por él.

Veamos cómo y cuándo nació el Gabinete. Es tradicional en el pueblo inglés considerar al monarca como el origen de la *justicia*, de los honores, de los *privilegios*; pero aun ha sido más pródiga la ley al concederle los atributos de la soberanía, la jefatura de la Iglesia y el ser *caput, principium et finis* del Parlamento, que es el poder más importante de aquella nacion, con cuyos atributos bien podemos ver en él con Bagheot, un poder verdaderamente *imponente*. Mas si tales preeminencias le han sido concedidas al rey en las leyes fundamentales, es lo cierto que en la práctica ó de hecho, y esto es lo esencial, hánse venido mermando éstas ó dictando aquellas medidas necesarias para que tan omnípodo poder no tomara caminos extraviados ó abusára de su poder; en suma, para hacer de la real prerogativa un «poder ilimitado para el bien público,» segun Locké, y un poder incapaz de hacer el mal en el Gobierno por pereza ó negligencia,» segun afirma Blackstone. Uno de los medios adoptados y conducentes á tales fines ha sido rodear al Rey de un consejo privado (*privy council*) que ofreciera á la nacion las mayores garantías de sabiduría y moralidad. De este gran consejo se formó en la minoridad de Ricardo II un comité más íntimo que deliberaba sobre los negocios del reino, y que se

llamó Consejo permanente del Rey para distinguirlo del Gran Consejo en el Parlamento. En el siglo XIV se componía el primero de estos Consejos de cinco ministros, dos arzobispos y de 50 más Lords. En 1540 bajo Enrique VIII se elevó á 19 el número de consejeros, reduciéndose á 12 bajo los Stuardos: Carlos II dió entrada en él á miembros de todos los partidos componiendo el consejo de los 15 más altos funcionarios, 10 lores y cinco representantes de la cámara de los comunes. Durante todas estas épocas el Consejo privado había venido siendo una verdadera Asamblea consultiva del monarca, un poder distinto del legislativo, en oposición á veces con él, y lo que es más en cuyo seno predominaba á veces la influencia de algun hombre que lograba alcanzar la confianza del monarca, como sucedió con Carlos II y lord Clarendon, lo cual visiblemente venia crear cierto peligro en la marcha de los negocios.

La revolucion del 88 llevó al Gobierno de un comité del Consejo privado, es decir, de un Gabinete que segun Fishel, «no tardó en identificarse con un comité del Parlamento,» y aquí aparece el origen del Gabinete. El cambio se habia verificado, el principio revolucionario innovador llevaba al Consejo del rey un comité del Parlamento que representara directamente en la Cámara real las exigencias y opiniones de la representacion nacional. Tal innovacion produjo en Inglaterra viva oposicion, siendo la ménos infundada la que apoyándose en las costumbres veia en el nuevo Consejo pocas garantías, pues el Gabinete obraria sin proceso verbal ni oyendo á las partes, y secretamente tomaria sus acuerdos, lo cual se oponia á las antiguas costumbres; por cuyo motivo el acta del *settlement* del reinado de Guillermo III declaró ilegal la práctica del *Gabinete*, siendo esta declaracion revocada en el cuarto año del reinado de la reina Ana.

Debe, pues, su origen el Gabinete á un acto revolucionario, satisfaciendo indudablemente verdaderas necesidades, pero que aún así no tiene otro fundamento jurídico que el de una costumbre contra la ley, segun lo comprueban las frases del ministro sir Cornwal Lewis, que en la sesion del 20 de Julio de 1859 declaraba, «que la Constitucion no reconoce

*nada de Gabinete*; ni la Cámara de los Comunes ha reconocido en ninguno de sus actos auténticos la existencia de un Consejo de esta especie.» Macaulay, Lolme, Blackstone, Hallam, Bowyer, Cox, Toulmin, Smith, niegan que el Gabinete haya sido jamás reconocido legalmente por el derecho público inglés. Sin embargo á pesar de todo lo anterior y por una de esas ficciones tan comunes en el derecho inglés como lo eran en el antiguo romano, el Gabinete en Inglaterra desempeña una importantísima mision en la marcha de los negocios, al punto que si el rey es la fuente de los honores, el Gabinete es la fuente de los negocios públicos. Sus poderes al parecer ignorados por la ley, vienen á constituir á este alto Cuerpo en una situacion especial bien distinta de los Gabinetes continentales, que á pesar de estar bien definidos en nuestros textos constitucionales es lo cierto que en la práctica ó son temporales servidores de los Parlamentos, generalmente hechos por ellos, ó terminan haciéndose dueños de la situacion, y esto es lo peor, llevando su maléfica omnipotencia y presion á todos los poderes oficiales, falseando todos los procedimientos y relegando al más cruel menosprecio los soberanos poderes nacionales. Véase en esto la necesidad de estudiar la *naturaleza* y funciones del poder ejecutivo, asunto que pasamos á examinar tal como se nos presenta en el Gabinete inglés.

Una de las páginas más difíciles de todas las Constituciones, es aquella que trata de la organizacion del poder ejecutivo porque al tratarse tal problema político se evocan todos los individuales derechos que forman la suprema soberanía nacional, ante los cuales hay que preguntar en definitiva si el poder ha de entregarse á la mayoría del número, condenando á la impotencia la razon y el derecho si se ocultan en los ménos, ó si habrá por el contrario, que asegurar el poder en manos de una persona, de tal modo que se resienta la soberanía del número: y en el caso de ser este poder personal, preguntase si ha de ser un poder sustantivo moderador y si ha de tener los caracteres que reviste en la república norte-americana. Cuestiones son estas tan delicadas, que aun pareciendo de óbvia resolucion han conducido en la práctica á conclusiones contradictorias é inesperadas segun hemos oido protestar contra

la tiranía del número, que es la mayor de todas, porque hasta se exime de responsabilidad que un tirano asume en su persona; y por otra parte los poderes moderadores han manejado el veto y el derecho de disolución así como su influencia personal en el planteamiento de su ideal político en nada inspirado en el de la nación.—En nuestro entender, esta cuestión en Inglaterra ha tenido satisfactoria resolución práctica en los siguientes términos.

Los políticos ingleses han tenido presente al crear su Gabinete, que es allí en realidad el que *representa* el poder ejecutivo, que en toda democracia representativa el poder debe atribuirse á la mayoría, pero confirmando su ejercicio á una minoría escogida por aquella y cambiada frecuentemente para que gobierne en su nombre, y en este sentido se ha adoptado la práctica de que el Gabinete sea nombrado por el poder legislativo. ¿Quién con más títulos para gobernar que un comité nombrado por la representación popular y sujeto diariamente á la crítica parlamentaria allí donde los Parlamentos son una verdad?

Pero aún se han tenido presentes consideraciones de mayor importancia y trascendencia: aunque desde antiguo háse iniciado y sostenido la doctrina de la *separación* de los poderes políticos, según afirmaba Montesquieu, es lo cierto que á partir de esa época se viene buscando la clave de unión y enlace necesario entre ellos, y ya Benjamin Constant sostenía «que todos los poderes constitucionales debían conspirar á un mismo fin,» y el eminente Bluntshli añade que el Estado exige división (*sonderung*) y liazón de los poderes y no separación de ellos. Con la anterior idea viene á enlazarse otra también definida con más claridad en nuestros tiempos, y es la de que el Gobierno ó el poder ejecutivo no es un mero poder pasivo encargado de ejecutar las decisiones del legislativo, sino que además de estos mandatos tiene siempre ciertas funciones *primarias* ó *substantivas*, y que en virtud de su posición inmediata á la administración y marcha de todos los negocios, decide algunos puntos libremente, negocia, trata y dá mandatos á los funcionarios inferiores, previene y reprime las alteraciones del orden público, provoca todo lo que es útil al bien público y protege el todo contra los ataques y peligros.

Ahora bien, en consonancia con estas dos ideas se ha tratado de constituir en el Gabinete inglés ese vínculo imprescindible entre los poderes públicos, que lleve los preceptos legislativos á cumplida ejecución y que al mismo tiempo, ya que por su posición está en condiciones de ver mejor las necesidades de la administración, tome una parte activa en los negocios públicos en una posición independiente y fuera de la presión del poder legislativo aunque sometido á su crítica y decisión.

Suelen los publicistas defensores del sistema de *Gabinete* en práctica en Inglaterra, discutir con los sostenedores del *Presidencial* adoptado por la Constitución norte-americana y hemos aquí de presentar brevemente los principales argumentos de unos y otros.

Según los gabinetistas, dentro de su sistema no hay absorción del poder ejecutivo por el legislativo si no armonía de ambos por medio del veto concedido al Gabinete y á veces la facultad de disolución de la Cámara, y los poderes otorgados á esta de nombrar y deponer los ministerios; en todo lo cual se ha fundado la influencia mútua de ambos poderes y un remedio pronto y decisivo en las crisis políticas, dejando en definitiva la resolución de ellas á la representación pública en las elecciones siguientes, y no sosteniéndose tales crisis por espacio de todo el tiempo que dura la vida legal de los poderes en discordia, como acontece en los Estados-Unidos norte-americanos.

Alegan además los defensores del Gabinete, que con el sistema presidencial se debilita el poder ejecutivo con las continuas oposiciones ó dilaciones del legislativo á las perentorias reclamaciones de aquél solicitando de las Cámaras la aprobación de leyes necesarias, y á este ejemplo citan los conflictos entre los ministros norte-americanos y los comités de las Cámaras, conflictos en los cuales se paraliza la acción ejecutiva por falta de aquellos preceptos legislativos, y que desgraciadamente pueden prolongarse en grave detrimento de la marcha gubernamental: y es su último y principal argumento el de que el procedimiento presidencial es poco parlamentario, pues el presidente permanece alejado de la representación pública, que después de haberle nombrado no vuelve á influir en sus actos durante el tiempo de su mando, lo que ha hecho

exclamar á algunos que tal autoridad «es una tiranía cuyo poder dura cuatro años.»

Los defensores del sistema *presidencial* creen haber llegado con su presidente á un poder *substantivo, armonizador*, de todos los poderes oficiales, y de éstos, con los que residen originariamente en la nacion, y para lo cual le conceden el veto y tambien el derecho de dissolution: y se figuran haber evitado asimismo las convenciones ó inteligencias facciosas entre los poderes legislativo y ejecutivo, dejando en completa independencia el Cuerpo legislativo, y asumiendo en un presidente los poderes ejecutivos.

De esta luminosa oposicion de ambos sistemas se deducen no pocas y provechosas enseñanzas para el régimen político de aquellas naciones que quieran gobernarse por los verdaderos principios democráticos. Resulta de ella indudable, en nuestro sentir, que el presidente en los Estados-Unidos del Norte de América absorbe por completo todos los poderes ejecutivos, «sus ministros, como dice muy bien Laboulaye, no son ministros en el sentido inglés, no comparecen ante las Cámaras, son agentes del presidente revocables á su placer y exentos de responsabilidad. Este sistema que deja pleno poder al presidente de obrar á su gusto durante cuatro años, sin obligarle á escuchar á sus ministros, ni al Congreso, ni á la opinion, parece á los ingleses muy inferior á la responsabilidad de los países constitucionales que permite siempre á la opinion hacerse mostrar, y al país poner mano en los negocios y regular sus destinos.»

Véase ahora cuánto peligro hay en conferir á una sola persona tal suma de poderes eximiéndole de responsabilidad (que allí no se le exige más que en caso de alta traicion,) y alejándole de tal modo del único y fundamental poder de las democracias, el poder representativo.

Parécenos estar más en consonancia con los Gabinetes ingleses la organizacion dada al poder ejecutivo en la confederacion Helvética, por más que entre ambos haya algunas diferencias nacidas de los elementos confederados y autónomos que componen aquella nacionalidad. Esto no obstante el directorio suizo es nombrado por la Asamblea federal, «autoridad suprema de la confederacion,» y de el seno de

este directorio compuesto de varias personas, y encargado del Gobierno de la nacion, es nombrado el presidente de la Confederacion, pero sin que asuma como el de los Estados-Unidos todas las atribuciones ejecutivas que han de compartirse como en Inglaterra, entre las Cámaras y el cuerpo ministerial.

Mucho queda aún que decir tratándose de tan capital punto, pero lo damos aquí por terminado pues el objeto del presente trabajo no ha sido otro que presentar claramente la índole verdadera del poder ejecutivo y los peligros que hay y que ya hemos visto convertidos en desgracias, de entregar este poder á autoridades impersonales; haciendo por último, justicia una vez más á las renombradas libertades de la monarquía inglesa ante las cuales puede decirse con Benjamin Constant que «entre una monarquía constitucional y una república la diferencia está en la forma.»

TELMO VEGA OLMEDO.

## LEON XIII Y LA ITALIA.

(Continuacion.)\*

### LA IGLESIA Y LA CIVILIZACION.

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA DE 1877.

JOAQUIN, DE LA ADVOCACION DE SAN GRISÓGONO, SACERDOTE DE LA SACRA IGLESIA ROMANA, CARDENAL PECCI, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE PERUSA, CAMARLENGO DE LA SACRA IGLESIA ROMANA, Á SU AMADÍSIMO PUEBLO.

I.

Unido á vosotros durante largos años por los santos vínculos del Ministerio Pastoral, y por relaciones que siempre fueron mutuamente afectuosas, sentimos, hijos carísimos, todo el peso de una separacion que, aunque impuesta por gravísimas razones, no deja de hacérsenos dolorosa. En tal situacion de ánimo, desde luego podeis comprender con cuánta satisfaccion veríamos aproximarse el sagrado tiempo de la

(\*) Véanse los números 233, 234, 235, 236, 238, 239, 243 y 250, págs. 161, 205, 228, 274, 330, 357 495 y 714.



Cuaresma, en el cual debíamos romper nuestro silencio y dirigiros nuevamente la palabra pastoral. Ya que ahora no nos es dado volver á vosotros en persona, lo hacemos por escrito para conversar y fortalecernos juntamente por nuestro mútua Fe (1). Tales son los alivios que Dios reserva á los obispos, como compensacion de muchos sinsabores y amarguras; porque, ¿qué otra cosa más grata para Nosotros que conversar con nuestra grey, que es nuestra corona, nuestra delicia (2); hablar con ella de Dios, de su Cristo, de la Santa Iglesia, de nuestros deberes religiosos, de las esperanzas inmortales, y repetirle con el Apóstol: «Así manteneos firmes en el Señor, carísimos.» Es un modo conveniente de salir de ese tropel de ideas, de ese ruinoso torbellino de deseos vanos y culpables, de esfuerzos áridos é inconducentes, en que camina lacerada y fatigada nuestra edad. Pero ni áun este respiro nos es permitido, obligados como estamos por los tiempos corrompidos y corruptores que corren á no darnos por satisfechos con un cambio pacífico y puramente familiar de sentimientos piadosos. Dirigiéndoos de nuevo la palabra para recordar y afirmar en vuestro ánimo las máximas de la Fe y los deberes que impone, no podemos perder de vista que la Fe misma está comprometida, y que hombres enemigos de Dios y de su Iglesia hacen toda clase de esfuerzos por arrancarla de vuestros corazones; de aquí el deber para nosotros de ponerlos sobre aviso, para no incurrir en el hecho reprobado por las Escrituras (3) á los pastores que no velan como es debido sobre su rebaño cuando se acercan los lobos á destruirlo.

## II

Esta reflexion, carísimos hijos, es la que nos impulsó el año pasado á hablaros de la *Civilizacion*, á fin de ponerlos de manifiesto que para promoverla no era menester publicar una cruzada contra nosotros, que no podemos menos de ser amigos y fautores de la civilizacion verdadera. Y ya que la amplitud del asunto no nos hubiera consentido, no ya desenvolverlo, pero ni siquiera desflorarlo, discurremos, como recorda-

(1) Rom., I, 12.

(2) Philip. IV, 1.

(3) Isai, t. LVI, 6.

reis, acerca de la civilizacion, en cuanto se refiere al *bienestar* físico de los hombres que viven en sociedad, dejando para nueva ocasion propicia examinar otro aspecto de aquélla de los dos que quedaron por considerar, uno solamente, por la misma razon de no hacer excesivamente prolija nuestra carta pastoral.

Ahora, de los dos, debería asignarse con razon el primer lugar al que mira al progresivo perfeccionamiento del hombre, en cuanto *sér inteligente*; el orden lo requería así. Mas, sin tener en cuenta este orden, nos circunscribiremos á considerar la civilizacion, en cuanto perfeccionamiento introducido en las relaciones del hombre, como *sér moral*. La razon de nuestra determinacion es ésta: que al hablar el obispo á su grey, no escribe libros y tratados de estudio, sino que va al encuentro del error allí donde éste estrecha más de cerca y amenaza con más sérios trastornos. Comenzamos á discurrir sobre la civilizacion por el lado que se refiere al bienestar material, toda vez que éste es de seguro el respecto que más que ningun otro preocupa á nuestro tiempo, atento á los sentidos: y ahora tomamos como asunto la civilizacion del lado por el cual está destinada á perfeccionar las relaciones del hombre *moral*, teniendo en cuenta que éste es verdaderamente el respecto más alto, más importante y de diaria aplicacion.

## III

¿Quién podría negar, carísimos hijos, que debe ser fruto de la verdadera civilizacion el mejoramiento de las costumbres, el hermosearse y purificarse de las almas, la humanidad del trato, la mansedumbre y generosidad de las relaciones privadas, domésticas, políticas y civiles? Nadie, de seguro, que no quiera negar á la vez que el hombre no sólo es capaz de perfeccion, sino que tiende, además, á perfeccionarse, y no se sienta con ánimo para renegar de los progresos hechos en esta vida. Todos, creo, convienen en esto; y el desacuerdo nace, cuando, de una parte, se reputa incompatible aquel progresivo mejoramiento con el Cristianismo, ó lo que es lo mismo, con el magisterio y la influencia de la Iglesia, hasta el punto de emprender una lucha para quitarla de en medio, como un estorbo y un obstáculo á los anhelados progresos. En lo cual,

carísimos hijos, me parece ver el lamentable efecto que producen los ódios, que ciegan á cuantos son arrastrados por ellos, hasta el punto de no dejar penetrar la luz por los ojos, dispuestos á negar los hechos más ciertos. ¡Dios bondadoso! ¡La santa Iglesia ha desercado en sus doctrinas, en su Cabeza visible, en su Jerarquía, en las Comunidades, en las Instituciones, porque todo esto no tiene ya vigor para promover el progreso moral; antes es dañoso y mortalmente enemigo para el progresivo perfeccionamiento de las costumbres! ¡No es así? Sin embargo, carísimos hijos, con la predicación del Evangelio, con la obra constante de la Jerarquía católica, fundóse la civilización que tomó el nombre de cristiana, y lo conservó tan fuertemente adherido, que ni aún con los esfuerzos presentes hay riesgo de separarlo de ella; tanto, que hablar de civilización y comprender en esta palabra el adimento de cristiana, es todo uno (1). Ahora, si es indudable que la Iglesia creó esta magnífica civilización; que fué bastante para diez y nueve siglos de gloria, ¿qué ocurre de nuevo para que se la juzgue impotente de proseguir la bella obra, y se la acuse de oponerse á la realización de las condiciones, por las cuales se perfecciona el hombre en la esfera moral? ¿Es que el cometido de la Iglesia se ha hecho más difícil, y han surgido en este tiempo obstáculos que Ella, ó no pueda ó no sepa superar? No seremos nosotros, ciertamente, los que pequemos de amor excesivo por el siglo, sobre el cual nos vemos precisados á pronunciar severos juicios en más de una ocasión, pero con todo, ¿qué inmensa distancia no nos separa de la perversión de las costumbres gentiles!

No nos detendremos aquí á hacer una vez más la descripción del mundo pagano, millones de veces hecha, contentándonos con notar por vía de negación las diferencias más marcadas que existen entre la Edad antigua y la nueva. — Nosotros no tenemos aquella plaga mortal de la *servidumbre*, que condenaba á más de los dos tercios de nuestra especie á una vida de trabajos y de indecibles vejaciones, curada con tanta perspicacia y constancia por la Iglesia. — Nosotros no tenemos ya los juegos sangrientos, en

que se degollaban centenares de desventurados, ó se arriesgaban delante de las fieras para dar gusto á los desocupados y hacer más ardiente su sed de sangre: página vituperable que cerró para siempre la sangre de un Mártir cristiano! — Nosotros no tenemos ya el odio feroz del pobre, que la Religión cubrió con la luz de Jesucristo. — Nosotros no tenemos el derecho cruel de la guerra, que consumía con destrozos calculados naciones enteras: y si por lascivia y torpeza nos vamos acercando poco á poco á la corrupción de aquellos siglos depravados, no obstante damos al vicio el nombre que le corresponde, y al ménos no poblamos el Olimpo de Divinidades complacientes que lo santifiquen con su ejemplo y lo cubran con su manto. — Nosotros no tenemos ya los fáciles divorcios, el predominio del marido, el envilecimiento legal de la esposa. — Nosotros no podemos de ninguna manera soñar como posibles aquellas monstruosas figuras de los Césares que hicieron *licita la arbitrariedad en sus leyes*: todo lo cual vino á desvanecerse y desaparecer (merced á la Iglesia). Y si ahora lamentamos la apostasía de los Gobiernos que representan el poder social, no desconocemos de ningún modo, que detrás de este mundo oficial, depravado, sin Dios, hay otro mundo real, donde no falta buen número de corazones bien sentidos, de sanos caracteres, de almas puras y excelsas.

De aquí resulta, que la Iglesia debe encontrar ahora obstáculos tanto menores, cuanto es ménos árduo añadir perfecciones y pulir las cosas ya existentes que crearlas de nuevo. ¿Por qué, pues, juzgarla ahora decaída del derecho de informar en su espíritu la obra de la Civilización, y declararla inepta para dirigir los ánimos en la empresa de nuestro mejoramiento moral y en las diversas relaciones? ¿Será por ventura que en la Iglesia hayan venido á ménos las fuerzas y aquella exuberancia juvenil de vida que, trascendiendo al orden civil, trajo los beneficios que cuenta la historia, y que nosotros con nuestros propios ojos contemplamos?

No os pese, hijos carísimos, que examine esto brevemente. Las fuentes de donde vienen aquellos continuos progresos, no entrando ahora á hablar de la gracia interna, son dos: *la doctrina práctica* contenida en los libros santos y confiada á la Iglesia para custodiarla é interpretarla; el *Ejemplar Divino*, y por lo mismo

(1) Donoso Cortés afirmó: *La Historia de la Civilización es la Historia del Cristianismo; escribiendo ésta se escribe aquella.*

maravillosamente atractivo, que tenemos en Jesucristo, residente en la Iglesia, y por ella anunciado, manifestado en toda la variedad de sus formas. Ahora, ni de la Doctrina, ni del Ejemplar, ha renegado la Iglesia en modo alguno, ni los ha perdido, en términos que ya no pueda producir los efectos que produjo en los diversos órdenes de la Civilización; al contrario, una y otro permanecen siempre al lado de Ella para ayudarla á hacer á todas horas nuevos servicios á los amantes de los verdaderos y saludables progresos.

## IV

Y aquí, carísimos hijos, se nos ofrece tela demasiado larga para urdirla en una carta; por lo cual sólo indicaremos por sus rasgos capitales lo que baste á haceros comprender con evidencia cuán insensato es pretender que la Iglesia no esté ya en el caso de venir en ayuda y marchar á la cabeza de los hombres de la edad presente. Ninguno de los respectos en que puede considerarse el hombre, ya solo, ya como parte de las diversas sociedades, es descuidado, y para cada uno de ellos contienen las enseñanzas de la Iglesia los gérmenes de mejoramientos morales, preciosísimos, incesantes.—El Apóstol San Juan (1) notó, que cuanto hay de condenable en el mundo, de ocasionado á trastornarlo, se reduce al apetito del placer animal, á la concupiscencia y al orgullo desenfrenado. Los que combaten el cristianismo, y quieren cimentar fuera de él la civilización, no pueden negar aquellas malhadadas inclinaciones, siendo la experiencia íntima que cada cual tiene de sí el más brillante comentario de la Revelación divina. Ahora, para poner orden en el hombre, ¿qué partido toma la Iglesia, siguiendo la moral enseñada por Jesucristo? Abrid al acaso los Libros Santos, ó su sublime resumen—nuestro *Catecismo*,—y hallareis cómo se os ha enseñado, que feliz la sociedad, aún en el orden del tiempo, si los hombres arreglaran á ella su vida. A quien se deja llevar de los atractivos del sentido se le recuerda que debe evitarse hasta la mirada misma y el pensamiento. (2) Poned en práctica el precepto, y desaparecerán con las costumbres

(1) 1.º Epist. II, 16.

(2) Matth., V, 27.

lúbricas los cuerpos débiles, sin vigor, albergue de almas depravadas, sin alas para elevarse; y tendreis en cambio las florecientes generaciones, firme defensa de la ciudad, tendreis los castos que, no retenidos por los atractivos de la carne, celebran las alegres bodas con la verdad, se penetran de ella, y vestidos con sus fulgores difunden luz ámpliamente entre los hermanos.—Al hombre, á quien trabaja la sed del oro, se le dice de igual manera: que la avaricia es servidumbre, y que no se puede servir á la vez á Dios y al dinero. Es resueltamente combatida esa ánsia de los bienes de este mundo que quita el discernimiento y pone en camino del delito. (1) Ahora, hacéd que estas palabras encuentren bien dispuesto el terreno del corazón, y la Sociedad no tendrá entre sus filas los hombres crueles que se ponen á sí mismos como centro de toda cosa, ni las rapiñas, los fraudes, el dolo y las deplorables ruinas.—Finalmente, al orgulloso se le intima, que, depuesto el engreimiento, tome la ingenua sencillez del niño para entrar en el reino de los cielos, y que á condición de humillarse puede hacerse grande seguramente en aquel reino. (2) Palabras de oro, que acogidas bastarían para desterrar aquel espíritu de contradicción, que no deja llevar á cabo ninguna cosa, los choques, la tenacidad de la opinión propia, frecuentemente torcida y vana, que acarrear los amargos desengaños y las pavorosas catástrofes. ¿Podrán los enemigos de la Iglesia encontrar remedios más apropiados á las inclinaciones censurables que hay en nosotros, y que se levantarán como un eterno obstáculo para retardar los progresos de la verdadera civilización?

## V

¡Ah, amadísimos hijos, permitid que prosigamos un poco aún la investigación comenzada, que despues hártó lugar tendremos para recitaros las glorias de los modernos civilizados y de sus sábios descubrimientos! Dispuesto favorablemente el individuo, y rechazadas de su ánimo las pasiones viles, causa de todo desorden, la Iglesia, no separándose un ápice de las enseñanzas del Salvador, se dirige á ordenar las re-

(1) Ibid., VI, 24 y siguientes.

(2) Matth., XVIII, 3-4.

laciones recíprocas. Sobre esto ocurre considerar ante todo el firmísimo fundamento que establece para mantenerlas duraderas y eficaces con provecho indefectible de la verdadera civilización. Este fundamento es la *caridad*, ó no conocida fuera del Cristianismo, ni aún de nombre, ó conocida en un sentido enteramente distinto de aquel en que la entendemos nosotros. A decir verdad, no puede existir, ni nunca existió sociedad alguna, sin el amor que auna las diversas partes y las hace marchar concertada por su camino. Sin embargo, una cosa es el amor que inflamaba á los gentiles é inflama á cuantos se sustrajeron á la influencia de la Iglesia, y otra el que el Cristianismo inspira y la gracia de Jesucristo infunde en los corazones. El más noble que pueda surgir fuera del Cristianismo no deja nunca de ir acompañado del interés, que lleva á las propias conveniencias antes que á las ajenas; por lo demás, siempre es limitado en su esfera, y, salvo rarísimos casos, casi aborrecedor del sacrificio. Se amaban los amigos en razón de las buenas cualidades intrínsecas de talento, de perspicacia, de ciencia, ó de las extrínsecas de riqueza, de jovialidad ó de elegancia; pero había un abismo entre las diversas condiciones sociales, que impedía todo comercio de afectos; y generalmente contra el que no pertenecía á la ciudad y á la gente se encubría un odio profundo y atroces deseos de reducirlo á la servidumbre cuanto antes se pudiese. Vosotros sabéis, carísimos hijos, la revolución que operó la moral cristiana en esta teoría de las relaciones recíprocas. El amor volvió á templarse en un fuego, bastante más ardiente, los hombres, buscándose unos á otros, no llevaron ya consigo aquellas crueles distinciones de clase, y empezaron á amarse mutuamente á semejanza de Dios (1). Ahora, Dios, según lo que nos es revelado, tiene amorosa solicitud indistintamente por todas las criaturas, aún irracionales, desde las más nobles hasta las más humildes, que conserva y modera con sapientísimas leyes, y á todas las racionales abraza con tal ternura, que no repara en dar por la redención de todas á su amado Hijo (2). Y no sólo ama á los que le reconocen, le adoran y le prestan obsequio de obediencia, sino también á los

que se obstinan en rebelarse contra Él y pisean sus derechos (1).

Y de este amor que Dios alimenta en su seno por sus criaturas no espera ciertamente nada para sí, siendo Señor absoluto y Creador de todas las cosas (2). Antes bien, no satisfecho con ser tan generoso en amar, añade además los inmensos sacrificios destinados á rescatarnos á precio de ansias y de sangre vertida, á purificarnos de la culpa, á hacer de nosotros un pueblo acepto á sus ojos y activo para el bien (3). Tal es, carísimos míos, el fundamento puesto, según la moral que predica la Esposa de Jesucristo á las relaciones recíprocas; y deo á vuestra consideración juzgar si con esto no tienen maravillosamente qué agradecer las costumbres públicas, y materia que desenvolver en ensayos siempre nuevos y cada vez más admirables, en frutos dulcísimos nacidos cada día de aquella divina raíz. Lo que el mundo recogió y va recogiendo aún de esta escuela de amor inefable, nosotros lo sabemos: el respeto del hombre, aunque sea pobre, aún de baja y despreciable condición; el fácil y sincero aplacarse de los ánimos después de recibir sangrientas ofensas; las venganzas disminuidas, ó imposibles de llevarse á cabo sin que sean juzgadas severamente por nuestra propia conciencia y la de los demás; la equidad dirigida á suavizar las asperezas del derecho; fatigas y privaciones sobrellevadas alegremente por ver de que fuese endulzada la condición del pobre, del honrado operario, del huérfano, del anciano, son hechos que se palpan, que saltan á la vista, y la más ligera reflexión basta para descubrir su fuente, que evidentemente no es otra sino la moral de Jesucristo enseñada por la Iglesia.—Ahora, carísimos hijos, ¿traen ninguna de semejantes ventajas morales con sus tentativas los que sueñan una civilización no cristiana para sustituir la que se eleva á altura incomparable por el trabajo y los sudores de la Iglesia? Haced, carísimos hijos, la distinción debida entre las palabras y los escritos, que poco ó nada cuestan, y la práctica que en este caso es el todo, y reparareis que la civilización en vez de adelantar marcha hacia atrás, y abandona medrosa cuanto había con-

(1) Joh., XIII, 34.

(2) Joh., III, 16.

(1) Luc., VI, 27, 29.

(2) Psalm. XV, 2.

(3) Tit. II, 14.

quistado paso á paso, merced al Cristianismo. Pues qué, ¿es signo de dulces costumbres el odio y la envidia que invaden el ánimo y progresa cada día en los miserables y desprovistos de bienes materiales contra aquellos que los poseen en abundancia? ¿Son pruebas de sentimientos paternales y amorosos estos rugidos, estas amenazas de incendios y de estragos que suenan en nuestros oídos? ¿Son plácidos y edificantes ejemplos los duelos que se suceden con lamentable frecuencia, en los cuales por fútiles y á menudo inicuos y vergonzosos motivos, se arma la diestra de fratricida acero, encomendando, no al venerando ministerio de la justicia pública, sino á la sangre fría, á la destreza, á la agilidad, al acaso, la reparacion de faltas verdaderas ó supuestas? ¿No empezamos á convertirnos de nuevo en bárbaros, al pelear también con furor por la civilización?

## VI

Pero apartemos los ojos de estos signos de barbarie incipiente, y reposémoslos con deleite para nosotros, y plegue al cielo que con fruto para vuestras almas, sobre las influencias saludables que vienen de la moral cristiana á santificar y hacer prósperas las diversas asociaciones. De éstas la primera y más importante es la *conyugal*, de la que procede primeramente la familia, y se renueva en segundo término el consorcio civil. Es indudable, amadísimos hijos, que fuera de la benéfica luz que sobre la union conyugal difundió Jesucristo y su Iglesia, la suerte de aquella fué siempre negra é infausta, mientras que dentro de la Iglesia corrió siempre alegre y con buenos auspicios. El matrimonio, en el Evangelio, aparece conducido de nuevo á sus primeros principios, dado á formar sobre el tipo del consorcio estrechado en el Eden por la mano misma de Dios, engrandecido y elevado á la dignidad de Sacramento, poniéndole como viva imagen de las bodas celebradas por Jesucristo con su Iglesia. El matrimonio, despues de largas injurias, aparece coronado de diadema real (1). Ahora, el matrimonio, así trasformado, no podia ménos de hacerse fuente de preclaras ventajas para la civilización misma, puesto que exaltado de esta suerte debia tender por necesi-

dad á reunir en sí los méritos que resplandecen en las místicas bodas del Hijo de Dios con su Iglesia. Aunque sea fácil pasar revista de una ojeada á aquellos méritos, no podemos resistir, amadísimos míos, al deseo de indicároslos: tan seductores y gratos son de considerar.

Jesucristo no se desposó con el gentilismo á impulsos de un ciego afecto, sino con la intencion de levantarlo de la tierra, ponerlo en mejores condiciones y hacerlo dichoso con la felicidad que proviene de la virtud practicada. De análoga manera los esposos no deben dejarse arrastrar por los fugaces halagos del sentido ó por el falaz deslumbramiento del oro, sino que al unirse á una criatura, deben mirar cada uno de ellos más alto, y buscar en la virtud estabilidad y dulzura de convivencia. El gentilismo á su vez, llamado á los brazos del Esposo, se entregó á El sin reserva, dejó aparte por adherirse al mismo las antiguas afecciones, las locuras domésticas; y la esposa cristiana no debe igualmente dejar ningun lugar á afectos extraños; debe entrar resueltamente en aquella sociedad, trayendo á ella y poniendo en comun el tesoro de sus gracias, de sus fuerzas. ¿No comprendéis cómo, teniendo detrás este ejemplar, las flores de la fidelidad amorosa vendrán á cubrir el tálamo y á mantener léjos las discordias criminales, las traiciones, en que se contamina la pureza de la sangre y se encienden los hachones de implacables desdenes? La Iglesia, en el decurso de los siglos, viene siempre instada por sodomitas y concubenarios astutísimos á faltar á la fé de su celeste Esposo, á mancharse de heregias y á separarse de El por cismas; pero mientras hervía aquella obra de seducción, Cristo hablaba con suavidad inefable, le recordaba la santidad de los juramentos, la copia de los beneficios otorgados, descubria el delito de los engañadores; y la Iglesia, conmovida por aquellas instancias, rechazó á los procazes, se mantuvo firmemente unida al brazo fiel de su Esposo, siguiendo su voz, y añadiendo siempre nuevos y más espléndidos adornos á su frente virginal. ¿Qué felicidad para la civilización, amadísimos hijos, si los esposos imitasen aquella solicitud en ayudarse en los peligros y confortarse en el bien!

Nosotros lamentamos con perfecta justicia que el matrimonio sea vituperado por vicios que despues llegan á dilatarse, saliendo de la

(1) Matth., XIX, 6, Ephes., V, 32.

familia á la ciudad; pero, ¿no ocurriría lo contrario y disfrutaríamos de una renovacion moral, si se encendiese la bella emulacion, cuyo ejemplo nos es propuesto en Cristo y en la Iglesia? Jesucristo, en fin, dió su mano á la Iglesia, para que del seno materno saliesen las bellas y castas generaciones, que revelasen los lineamientos vaguísimos de su padre, lo grabasen en sus palabras y en sus actos, y lo tuviesen por la fe habitando en su corazon (1). Y la Iglesia á su vez recogió entre sus brazos los hijos nacidos de aquel connubio, como un sagrado depósito, y no sólo los purificó, los alimentó, los espíó, sino que desde los primeros albores de la vida nunca dejó de amaestrarlos con la doctrina, de afirmarlos en el bien con exhortaciones, de amonestarlos con reproches, para que no olvidasen la nobleza de su nacimiento, y tributasen á su Padre la gloria debida.—Vosotros, todos los que temblais por la suerte de la Civilizacion, y sacudís la cabeza, recelosos ante la inundacion que cada vez hincha y enturbia más las aguas, ¿no comprendéis que, si aquél tipo del matrimonio viniese á realizarse segun anhela y recomienda la Iglesia, vuestros terrores no tendrían razon de ser, y el justo sobresalto desaparecería ante la luz de más risueñas esperanzas? Dadnos esposos, solícitos, de una parte, en imitar las intenciones de Cristo, y en ejercitar, de otra, el materno ministerio de la Iglesia, y la causa de la civilizacion marchará salva. Los hijos, que salgan de las paredes domésticas á poblar la tierra, llevarán profundamente grabadas las máximas de justicia, que son los quicios de la vida civil; estarán avezados por un sabio tirocinio á guardar la disciplina y respetar la autoridad y observar las justas leyes. En manos de aquellos progenitores se formarán los robustos y firmes caracteres, que no se dejan mover ni trasportar por los vientos de varias y peregrinas doctrinas (2). En aquellas casas santificadas por la fe, por los ejemplos de los padres imperarán los hijos dichosos de llevar á la sociedad la humanidad de los sentimientos, la lealtad de las relaciones, la constancia en mantener la palabra empeñada. Se efectuará sin estrépito, pero con eficacia maravillosa, un reflorecimiento moral. ¡Y pen-

sar, carísimos hijos, que hubo y hay aún muchos, que desearían sustituir esta sociedad conyugal por las miserias de un simple *contrato civil*, y aullan contra el *Syllabus* (1), porque condena á los insensatos que afirman no poderse tolerar de ningun modo la doctrina segun la cual Cristo elevó las bodas á la dignidad de sacramento! Estos son culpables, no sólo de renegar de la verdad religiosa, sino tambien de violar la civilizacion. ¿No se atenta en efecto á la causa de la civilizacion, cuando se cierra la puerta al divorcio, que viene á ser la inevitable consecuencia del matrimonio profanado? ¿No se envenena la civilizacion, cuando, despojada el matrimonio de su esplendor y de su majestad religiosa, se abandona en manos de obscenos bribones que, olvidando la inestabilidad de la naturaleza y la libertad, vienen á hablar con impudencia y cinismo de uniones temporales, y prescindiendo de todo eufemismo, de viles enredos por los cuales los tiernos niños correrían riesgo, ó de marchitarse antes de tiempo como flores no avivadas por el rayo del ojo materno, ó crecerían sin direccion cierta, sin poderosos vínculos de afecciones que los ligasen á la casa, y por la casa á la patria? ¡Y para regalarnos una civilizacion de esta especie, emprenderían la famosa lucha los enemigos de la Iglesia!

## VII

Pero prosigamos, oh amadísimos, el camino no corto que nos queda aún por recorrer; y pues habeis palpado cómo con la sociedad conyugal dentro de la Iglesia se provee á las exigencias de la civilizacion, preparaos á gozar de un cuadro más espléndido, contemplando las ventajas que obtiene la civilizacion de las doctrinas, segun las cuales regula la Iglesia las relaciones de los hombres en aquella sociedad más amplia, que se llama *civil*. En ésta hay que considerar de un lado los súbditos que son como la materia sobre la que hay que obrar, y del otro, el poder soberano que es principio, que ordena la sumision y la conduce á su fin. Ahora bien, la Iglesia, respecto á uno y otro, interpretando fielmente los libros santos, enseña lo que puesto en práctica

(1) Ephes., III, 17.

(2) Hebr., XIII, 9.

(1) Syl., Prop. 65.

vendrá á ser impulso y medio eficaz de verdadera y fecunda civilización.

*El poder, dice, procede de Dios.* Pero si el poder procede de Dios, debe retratar en sí mismo la Majestad divina para aparecer venerando, y la bondad, para hacerlo aceptable y suave á los súbditos. De aquí que cualquiera que tenga en la mano las riendas del poder, sea individuo ó persona moral, sea por elección ó por nacimiento, en un estado dirigido por el pueblo ó por la monarquía, no debe buscar en él pábulo para satisfacer sus ambiciones, ni vano deleite de supeditar á todos, sino, por el contrario, medio de servir á sus hermanos, á semejanza del Hijo de Dios, que no vino á hacerse servir, sino á servir á los demás.

Breves sentencias, queridos míos, pero en las cuales se encierra, sin embargo, la más feliz transformación del poder que se puede desear. Los reyes habían abusado extraordinariamente del poder, sus concupiscencias no tenían límites, y las saciaban devorando la sustancia y el fruto del sudor del prójimo; sus caprichos eran ley, y ¡ay de aquel que se atreviese á olvidarlos! no contentos con esto, pretendían vanos títulos, que comparados con sus hechos, aparecían como crueles sarcasmos. Otro, y muy distinto, es el poder que nace de las enseñanzas cristianas: es modesto, activo, dispuesto siempre á promover el bien, refrenado por la idea de los castigos, reservados en el juicio inevitable para quien gobierna mal.

Es imposible no comprenderlo, carísimos hermanos: uno se siente ensanchar el corazón ante esta imagen tan noble de la autoridad; y la obediencia que reclama, que es indispensable para el orden social, pierde toda amargura y se convierte en fácil y suave. Correspondientes á las enseñanzas que se dan á los que gobiernan, son las suministradas á los que obedecen. Si el poder tiene su razón de ser en Dios, así como la Majestad y la solicitud para proporcionar el bien, no puede nunca creerse lícita la rebeldía contra aquél, puesto que equivaldría á la rebelión contra Dios. La obediencia del súbdito debe ser sincera, leal, y partir del íntimo convencimiento y no del servil temor á los castigos, debe ser una obediencia que lleve consigo la prueba en los hechos y llegue hasta la persuasión de la necesidad de los sacrificios exigidos

por quien tiene las riendas del poder para cumplir su ministerio. (1)

Os habrá ocurrido, queridos míos, más de una vez, oír que se promueven acerbas acusaciones contra la Iglesia como enemiga de la libertad humana y amiga de los que se sientan en los tronos. Podeis apreciar la justicia de semejantes quejas. La Iglesia no disculpa nunca á los revoltosos ó enemigos de la autoridad por sistema, pero la obediencia, que inculca, encuentra la compensación en la transformación del poder, que dejadas las añejas y deshonorosas inclinaciones hácia las concupiscencias y el predominio, convertido en cristiano, adquiere hábitos é índole de paternal ministerio, encontrando sus límites en la justicia del mando; y donde quiera que traspase estos límites, invadiendo el dominio de la conciencia, se ve frente al hombre, que le responde con los Apóstoles: *es preciso ante todo obedecer á Dios.*

¡Ah! queridos míos, los súbditos cobardes y temerosos no se educan en los brazos de la Iglesia, sino que nacen fuera de ella en medio de las sociedades, que no reconocen otro derecho que la fuerza bruta. Ya en sus tiempos notaba Tertuliano (2) que los primeros cristianos pagaban los tributos con la misma fidelidad con que observaban el precepto de no robar. Pero ignoraban aquellos virtuosos el vil arte de inclinar la cerviz á los injustos caprichos del César: ante aquellos que hacían palidecer á los reyes, ellos no palidecían, y mientras unos se arrodillaban, otros sabían mantenerse en pié y morir por los inviolables derechos de la conciencia.

Es doloroso ¡oh amadísimos! oír que se nos repitan frecuentemente estas acusaciones, cuando la honesta libertad es como una flor que brota de suyo, espontáneamente, en una sociedad en la cual vaga el espíritu de la Iglesia católica. ¿Cuándo, en efecto, pesa la mano del que rige sobre los súbditos, y corren extremo peligro las franquicias públicas, y es cohibida la libertad de acción de los hombres? Cuando la impiedad dominante rompe los santos vínculos de la religión, cuando la conciencia es pervertida, oprimida por las pasiones, cuando se multiplican los delitos: entonces el poder se hace receloso, y no encontrando defensa en la virtud de los

(1) Rom. XIII.

(2) Tertull., Apoloq.

administrados, la busca en las armas, en las guardias, en las policías de los ojos de Argos. Podríamos invitaros aquí á palpar la verdad de cuanto afirmamos por vía de confrontacion entre las condiciones presentes del mundo y un pasado no tan remoto que muchísimos de entre vosotros no podais recordarlo; pero deseamos más oponer testimonios no sospechosos á los que piensan poder mejorar las condiciones morales de la sociedad y las relaciones civiles, separándola del magisterio de la Iglesia. Benjamín Franklin, casi al término de una vida, pasada en medio de los negocios públicos, y lleno de una gran esperanza, escribía en Filadelfia:—  
 «Una nacion no puede ser verdaderamente libre, si no es virtuosa, y cuanto más corrompidos y depravados se hacen los pueblos, tanto más necesitan de amos (1).»—Y otro escritor, cuyo nombre es querido y venerado para los fautores de la *lucha por la civilizacion*, solicitaba á su vez:—«No se quiera destruir la Religion, porque pueblo sin Religion cae muy pronto bajo un gobierno absolutamente militar (2).»—Y tenia razon para hablar así, él, que veía tras las danzas licenciosas, tras las farsas impías y sangrientas de la República francesa, un Gobierno que, con disciplina soldadesca, guiaba á los hombres que se habian rebelado contra Dios, queria forjarlo todo á su capricho, letras, artes, Universidad, hasta la conciencia, si no se hubiese estrellado su audacia contra la constancia del sacerdocio cristiano.

Detengámonos ahora un momento, amadísimos hijos, y como desde la cima á que hemos llegado, volvámonos hácia atrás á contemplar el camino que hemos recorrido.—Viendo nosotros la obstinada guerra movida á la Iglesia católica en nombre de la civilizacion, nos hemos puesto á investigar si por ventura la Iglesia se habria hecho, merced á cualquier desgracia sufrida por Ella, impotente para contribuir al perfeccionamiento moral del hombre y al desarrollo de la civilizacion en este respecto, hasta el punto de que no sirviese ya para producir los efectos admirables que otras veces produjo. Y hé aquí que, volviéndonos á interrogar al hombre individuo, al hombre en las relaciones

con sus semejantes, y en la sociedad doméstica y civil, nos bastó un exámen como el que puede hacerse dentro de los confines naturalmente limitados de una Instruccion Pastoral, para convencernos de que las doctrinas dadas por la Iglesia contienen gérmenes preciosísimos de civilizacion, y seguidas, conducirán infaliblemente á la mayor perfeccion moral que puede esperarse sobre la tierra.

### VIII

Pero las doctrinas santas, como son las suministradas á sus hijos por la Iglesia, no producirian su efecto mas que á medias, si permaneciesen en la esfera de las teorías; para producirlo completo, es para lo que toman cuerpo despues en un *ejemplar vivo*, á fin de que volviendo á él los ojos, se convenzan los hombres de que éstas no son de ningun modo ideas que tengan que contemplarse con la complacencia con que se mira un bello cuadro ó un soberbio panorama, sino que son verdades prácticas y para ser traídas resueltamente á efecto. Esto entendian los gentiles mismos, los cuales pensaban que las máximas espléndidas, las sábias enseñanzas, hubiesen quedado reducidas á letra muerta, y sin eficacia para cambiar ó hacer mejor el mundo, si no hubiesen tomado traje ó movimiento personal en un ejemplar vivo. Platon; que tantas y tan altas verdades habia descubierto, en parte por natural penetracion, en parte por diligentes indagaciones de tradiciones antiguas, firme en el pensamiento de que la palabra hablada ó escrita no llevaria á nada estable y concluyente, anhelaba con ardor que la suma verdad tomase carne y apareciese visible á los ojos de todos (1). Ciceron, no sólo gran orador, sino grandísimo filósofo y digno representante de la sabiduría latina entre los gentiles, era llevado por la misma razon á hacer iguales votos (2). Y Séneca, el cual, sea lo que quiera de su vida privada, escribía á veces con sentido cristiano, y probablemente tuvo una tintura de cristianismo, escribió una carta á Lucinio sobre la necesidad de tener á mano un noble y grande ejemplar que sirviese de modelo para arreglar su vida; y pues dada la

(1) Carta á los Abades Thalut y Arnaud.

(2) Hugo Foscolo, *Fragm. de la Historia del reino de Italia*.

(1) De Repúb., IX, pág. 152.

(2) De Fin. 7. 24.



escasez de tales modelos, no se le ocurría nada mejor, aconseja los menos malos.

Ahora, esta necesidad de un ejemplar vivo y perfecto que habian entrevisto las más poderosas inteligencias de la antigüedad pagana, está satisfecha para el creyente.—Este ejemplar, que en vano habíamos invocado y deseado, nos lo descubre la Iglesia poniéndonos á la vista la vida de *Jesucristo*, nuestro Señor, Verbo del Padre, Imágen sustancial de la bondad infinita, hecho Hombre para nosotros.

Cuán bello es, queridos hijos míos, este magnífico modelo dado por la Iglesia, y que la Iglesia ha defendido contra las injurias de los Gnósticos, de los Arrianos, de todos los herejes, hasta de los protestantes, hasta de los modernos incrédulos, que por distintos caminos se esfuerzan por arrebatarse la corona de la divina luz que brilla sobre su majestuosa frente. Jesús es Hombre-Dios, y por consiguiente, es la virtud, la perfección ilimitada, absoluta. Hace diez y nueve siglos que, individuos, pueblos, instituciones, se esfuerzan por mirarse en él y tomarlo como modelo, y siempre hay algo nuevo que aprender de Él, algo que depurar, como si se hubiese ayer empezado á imitarlo.—Jesús, por lo demás, en cuanto es divino y perfectísimo modelo, es al mismo tiempo el más amplio y comprensivo, porque aparece como Maestro en todas las condiciones de la vida.—La mayor parte de los hombres se compone de pobres, de operarios, que con el sudor de su frente han de ganarse el pan, consiguiendo apenas, por medio del trabajo, arrancarlo escaso é insuficiente para ellos y sus familias.

Ahora bien; semejante al caso de estos, nace Jesús pobre, y pobremente prosigue la vida en el taller paterno, atendiendo á las modestas operaciones del artesano. ¡Oh, caros colegas míos! ¡Vosotros, que sois testigos diariamente de tantos afanes y de tantas privaciones que el mundo ignora, ó al menos procura cerrar los ojos para ignorarlas y para que no perturben sus profanas alegrías; vosotros, que compartís á menudo con los pobres el pan que tenéis tasado para vuestras necesidades, intentando siempre favorecerlos lo más posible, poned siempre que os venga á mano, ante su vista, la imágen de nuestro divino Salvador, con la cual pueden fortalecerse! Dejad que digan vuestros detractores que piensan promover por otros

caminos la civilización; vosotros, suministrando á las almas el bálsamo de aquel religioso consuelo, habreis hecho mucho más en pró de la civilización misma: calmareis las convulsiones que podrian llegar en día, quizá no lejano, á cambiarse en atroces actos de salvajismo; enaltecereis personas que la pobreza postró, y envileció á sus propios ojos, y á los del prójimo, y que se sentirán elevadas en Jesucristo, reconociendo la dignidad real que para ellos conquistó, y tomando ánimos para custodiarla en su seno con la virtud y la honradez de la vida.—Pero Jesucristo, si es bajo este respecto el perfectísimo modelo de los pobres, no por esto deja de ser igualmente perfecto modelo para los grandes y reyes de la tierra.

Jesucristo es rey, y su naturaleza de rey es manifiesta por el imperio absoluto que ejerce sobre el universo y sobre las almas de las criaturas racionales: la naturaleza se humilla ante sus indicaciones, altera ó suspende el curso de las invariables leyes por que se rige, páranse los vientos, aquíétanse las ondas, multiplicáanse las sustancias; las almas, aun las más empedernidas y gastadas, se subyugan ante su palabra, arrastradas por la omnipotente fascinación que brota de sus ojos y de su rostro. Pero este poder real amplísimo lo dirige para salud de los hombres, sirviéndose de él á fin de satisfacer las necesidades de los mismos, para curar las enfermedades de que están trabajados, para arrancarlos del férreo sueño de la muerte, para salvarlos de la opresión de Satán, venido á asediar sus cuerpos, para librarlos de la tiranía aún más dura y peligrosa de las criminales concupiscencias que los tienen poseídos, y de los vicios de que se hallan contaminados.—¡Ay! ¡quién pudiera hacer, queridos míos, que todos aquellos que son grandes entre sus hermanos, todos los que oprimen en su diestra el cetro y el freno del poder, se aproximasen á Jesús imitando y arreglando su vida á imágen y semejanza de Él! Entonces lograríamos que la sociedad floreciese de nuevo, no sólo con los grandes santos, sino con los reyes memorables por empresas civiles, como Enrique de Baviera, Estéban de Hungría y Luis de Francia.

Jesús es Padre, no por el hecho de la generación carnal, sino por el más inmensamente excelso de la generación, que hace nacer á la vida del espíritu. Ahora bien; ¡qué carácter, tan no-

ble y tan bello como éste, podrán imitar nunca los padres? ¡Con qué inefable solicitud no atiende Jesús á educar y promover el desarrollo del espíritu en los incultos discípulos que llama á su alrededor y predestina para el apostolado? ¡Cómo se apercibe de sus defectos y con cuánta sagacidad no corrige sus debilidades, afirmándoles en su fe cuando se muestran vacilantes!

Y cuando está para separarse de ellos materialmente y volver donde había venido, con cuánta ternura no les recomienda al celestial Padre comun!—¡Oh padres, si una chispa de aquel fuego que resplandece en la palabra de Jesús, expuesto por el evangelista Juan, se arraigase en vuestro seno, cuánto no ganarían vuestros hijos y por ende la sociedad civil en su perfeccionamiento moral! Jesús no dependía de nadie en razón á su divina personalidad; pero sin embargo, quiso someterse á su verdadera madre según la carne, y á su padre putativo, para enseñar á los hijos la amorosa sujeción hácia aquéllos á quienes debieron la existencia.

Y si los jóvenes mirasen este ejemplo sacando de él enseñanzas en provecho propio, ¿no se pondría á la vez con esto eficaz remedio á una de las llagas más sangrientas que afligen á nuestra edad, como es la impaciencia y rebelión contra todo freno y contra toda ley? Estos hijos, á semejanza de Jesucristo, obediente hácia la autoridad paterna, ¿no saldrían del hogar con el hábito de la disciplina, dispuestos á someterse á las justas órdenes de quien representa á Dios en el gobierno de los asuntos humanos? Nosotros experimentamos, queridos hijos míos, un placer particular en discurrir acerca de la belleza de este Modelo Supremo, y de buena gana nos extenderíamos á indicar los tesoros en él escondidos, y la correspondencia innegable que existe entre éstos y el progreso acrecentado de la civilización, si las dimensiones de este escrito no nos impusieran la obligación de ser parcos."

(Del libro de R. Bonghi, *Leon XIII y la Italia*, trad. por H. Giner).

(Concluirá.)

## MAHON.

(Continuación.)\*

De modo que, ya lo ven nuestros lectores, en Inglaterra se daba á la reconquista de Mahon una importancia superior á la conservación de Gibraltar. Por atraerse la España, se procuraba hacer olvidar el ultraje inferido á Don Carlos en Nápoles: se darian satisfacciones, las más amplias, por los actos de piratería ejecutados con las naves mercantes españolas; iban á evacuarse los establecimientos arbitrariamente formados en la costa de Mosquitos y en Honduras; y, aunque con mil precauciones y reservas, se ofrecía, sobre todo, el promontorio cuya pérdida lamentaba tan de veras nuestra patria, y tantos tesoros y tanta sangre había infructuosamente costado.

La habilidad diplomática de Pitt y de Keene no obtuvo el éxito que ellos esperaban, por creerse en Madrid demasiado interesada, y hasta falsa. El mismo Wall, tan decidido por la alianza inglesa en todo tiempo, tembló ante los celos de la corte y ante la opinion popular, resueltamente hostil á los que no cesaban de inferir agravios á España en todas partes y ocasiones. Las ofertas de Pitt fueron tomadas por lazos tendidos á la buena fé de los españoles; y desde su primera conferencia pudo M. Keene convencerse, y así lo hizo saber á su Gobierno, de que serian inútiles sus esfuerzos. Si el riesgo que corria la preponderancia inglesa daba sinceridad á las promesas de sus hombres de Estado, las reservas con que se hacian, el recuerdo de sus hazañas y la consideracion de su política torcida y doble, las presentaban como sospechosas y preñadas de dificultades y peligros.

Cuando, retrocediendo con la mente á aquellos tiempos y, abstracion hecha del conocimiento presente de las intrigas y gestiones, oficiosas y oficiales, que se pusieron en juego por entonces, nos ponemos á reflexionar sobre la conveniencia de una ú otra alianza, comprendemos, aunque no nos atrevamos á alabarlos, el retraimiento en que se mantuvo nuestro gobier-

(\*) Véanse los números 247, 248, 249 y 250, páginas 612, 641, 684 y 720.

no. Los afectos de la sangre; la sinceridad, aunque interesada, con que parecía ofrecerse la reciente conquista de Menorca, y los impulsos de una venganza, pronta, quizás, á satisfacerse contra los vergonzosos atropellos que no cesaban de inferirsenos, dirigian la política española hácia la Francia. La adquisicion de Gibraltar, empero el temor á la preponderancia francesa en Europa, la independencia de cuyas regiones meridionales peligraba ante la coalicion que acababa de ponerse de manifiesto en el centro y el septentrion del continente; y el temor, mayor aún, de la suerte que pudiera caber á tanta y tan vasta é importante colonia como cubria el pabellon español en todos los mares, inclinaban la balanza hácia la Gran Bretaña. En aquel choque de sentimientos; en tal contraposicion de intereses; en la profunda y misteriosa oscuridad con que los halagos, las amenazas, las intrigas de todo género, malo ó bueno, envolvían á la corte de un monarca sin talentos, hipocóndriaco y débil hasta luchar entre sus influencias, y no pocas veces sin fortuna, la habilidad artística de un extranjero, ¿qué hacer? ¿Por qué decidirse? Un gobierno inclinado, es verdad, á la Inglaterra pero en que luchaba todavía con encarnizamiento, aún cuando recientemente vencida la influencia francesa que, desterrado Ensenada, representaba, cual acabamos de indicar, el italiano Farinelli, su constante y leal amigo, requeridos de todos, por todos adulado, hombres de Estado, diplomáticos extranjeros, altos y bajos, importantes ó no importantes, ¿cómo arriesgarse á manifestar, siquiera, una simpatía, ni aún ceremoniosa, á ninguna de las partes que solicitaban su influjo y su concurso? Para el Rey, despues, tan amante de la paz, enemigo de que se le pusiera en el caso de tomar resolucion alguna, y mucho más, en negocios tan árduos como aquel, decisivo acaso, en la suerte de España; para el Rey, decimos, era una cuestion, la de decidirse por una ú otra alianza, que le turbaba sobremanera en el estado de inaccion triste habitual suya, y cuanto tendiera á sacarle de ella entrañaba un peligro para los que lo intentasen. Así es que los dos despachos en que M. Keene contestó á su gobierno antes de que se le acabara, como se le acabó inmediatamente, la penible y dolorosa vida que llevaba, hacen ver en Wall una irritacion contra los ingleses que, por lo extraordi-

nario en él, hay que tomar por disfraz de su impotencia y pretexto para no adelantar consejos que pudieran ser mal recibidos.

Sea como quiera, Fernando conservó la neutralidad á pesar de haber sido solicitado con tanta instancia y tan halagadoras promesas; y como antes hemos dicho, repetiremos ahora que no nos adelantaremos á decir si con prudencia ó no. Somos, en general, poco inclinados á esos retrainientos en que, como dice Maquiavelo en su libro de "El Príncipe," no producen otra cosa que el ódio primero y la venganza despues de los beligerantes; pero si la oferta de los franceses parecia sincera y sus efectos se hubieran tocado inmediatamente, presentaba muchos inconvenientes; y la de los ingleses era muy comprometida y quedaba sujeta á muchas condiciones y se dilataba á época que Dios sabe cuándo llegaría en lucha tan larga y de éxito muy problemático. Ni en España se daba entonces á Menorca la importancia que le concedian los extranjeros interesados en el comercio general del Mediterráneo y se le concede ahora por todos. España tenia muchos puertos en aquel mar; habia abandonado todos sus antiguos proyectos sobre el litoral africano y, desgraciadamente, no pensaba más que en el oro de América y en su preponderancia en Italia.

Pero, en su incesante rodar, vuélvese el carro de la Fortuna del lado de Inglaterra, tan apurada en los primeros años de su lucha con Francia. El talento y la energía de Pitt llegan á, no sólo equilibrar los reveses sufridos con los triunfos preparados por él en el centro de Europa donde Federico II se cubria de gloria anonadando la coalicion que esperaba abrumarlo, sino á ir, jornada por jornada, arrebatando á su enemiga secular cuantas tierras y fortalezas habia adquirido en los dias de su, aunque efimera, reciente preponderancia marítima en las Indias.

Y, ¡caso, si no raro, inexplicable siempre! El Gobierno español, tan decidido á conservar su neutralidad cuando se le animaba, de un lado, á la lucha con el aliciente de joya tan preciosa como la isla de Menorca, ó su cambio, de otro, con la tan codiciada de Gibraltar, sacude su pereza, hasta entonces saludable, y sin atender más que al hervor de la sangre que circula por las venas de su soberano, sin cálculo alguno político, sin prenda que le asegure ventajas, siquiera problemáticas, en lo porvenir, sin pre-

paracion militar ninguna, como diremos luego, rompe en una de las resoluciones más arriesgadas que ha tomado la nacion en los largos períodos de su historia.

Habia bajado al sepulcro el excelente Fernando el VI, de memoria tan grata como soberano prudente y pacífico, y ocupaba el trono de las Españas su hermano de padre Don Carlos, que venia de dejar el de Nápoles á su hijo tercero Don Fernando. Por más ardiente en el amor de su familia, por convicciones políticas, acaso diferentes, ó mejor aún, por el ánsia de vengar los ultrajes y violencias que los ingleses habian ejercido con él en Italia, obligándole á desatender sus sentimientos é intereses más caros, lo cierto es que, desde su llegada á Madrid, puso de manifiesto la inclinacion que siempre tuvo á los reyes de Francia y su ódio al gobierno de Inglaterra. Hay, despues, en el hombre un cierto estímulo á no seguir los derroteros marcados por los que le han precedido en el ejercicio de la autoridad ó arbitraje que se le encomienden, ya porque la flaqueza humana inspire siempre ideas de discordia, ya por suponerse rebajado si no las revela propias, ya, por fin, para no aparecer sin independendencia en ellas y sin carácter bastante enérgico para exhibirlas y desarrollarlas. Y esto se observa como en los puestos más humildes de la Administracion pública, en los más eminentes de la política y en el trono, lo mismo que en esos, en la familia y, lo que es más, en la Iglesia.

Carlos III se inspiró, quizás, en esa inclinacion, no por natural ménos vituperable; y, á la neutralidad tan constantemente observada por su hermano, opuso una accion tan viva y diligente que al año inmediato al de su llegada se hacia ya sentir y ántes de los tres se celebraba el tan funesto pacto de familia. Y esto se hacia sin condiciones ventajosas, olvidándose por completo la reversion á España de la isla de Menorca, que no habia sido ántes considerada como cebo suficiente para la alianza con la monarquía francesa; y esto ántes de reorganizar la escuadra, que aparecia en el mayor abandono desde el destierro de Ensenada, ni el ejército, olvidado en el último largo período de la paz.

Si hemos de creer al Conde de Bristol, sucesor de Keene en la embajada inglesa, no habia más que 49 navíos de línea y 21 fragatas en estado de servicio, y "no todas estas naves, decia

en sus despachos á Pitt, se podrian dar á la vela por falta de marineros." Las fuerzas de tierra, cuya organizacion se halla consignada en muchos libros para que vayamos á recordarla ahora, consistian en 141 batallones y 71 escuadrones. "que si estuvieran completos, añadia el noble Lord, ascenderian á 109.600 hombres." En aquella fecha, la de 1760, eran sobre unos 80.000, incluso los veteranos é inhábiles de todos los institutos.

De lo único que se cuidó en Madrid fué de que no se rompiesen las hostilidades hasta la llegada de los galeones que hacia tiempo se estaban esperando de América.

En tal estado España, sucedió lo que debia suceder, lo que todo entendimiento desperto debia esperar; que todas las expediciones dirigidas por los ingleses contra nuestras colonias obtuvieron un éxito el más desgraciado posible para nosotros. La Habana y Manila cayeron en poder de los ingleses á pesar de haberlas heroicamente defendido Velasco y Gonzalez, de suerte igual y gloria en la mayor de las Antillas, y el preclaro Obispo en las Filipinas. La guerra de Portugal se redujo á lo que todas las últimas, á la invasion de la Beira y las márgenes del Tajo, resultando tan infructuosa como la de los primeros años del siglo ante el patriotismo de los naturales y la eficaz ayuda de sus aliados de siempre. Sólo pudo registrarse en nuestros fastos una accion ventajosa, la de la ocupacion de la Colonia del Sacramento, incapaz, sin embargo, de compensar tanto desastre como experimentamos en Ultramar, y tanta alarma y tantos perjuicios como sufrimos en Europa.

Los franceses, tan afortunados ántes y arrogantes, comenzaron tambien á sufrir reveses y reveses, que no cesaron de causarles ingleses y prusianos, tantos, que muy pronto se hicieron lugar en el país ideas pacíficas á que, á su vez, se hallaba inclinado el enemigo desde que á la política audaz y perseverante de Pitt sucedió la débil y aveniente del ministro Lord Bute en el nuevo reinado de Jorge III.

Así que costó poco trabajo ajustar el tratado de paz de 1763, harto vergonzoso para Francia aún cuando lo celebrase con fiestas extraordinariamente brillantes, y cuyo art. 12.º, el que ahora nos interesa más, decia: "La isla de Menorca se restituirá á su Majestad británica,

«como también el fuerte de San Felipe en el mismo estado en que se encontraron cuando se hizo su conquista por las armas del rey cristianísimo, y con la artillería que allí había al tiempo de la toma de la dicha isla y del dicho fuerte.»

España recobró la isla de Cuba y la plaza de Manila; perdiendo, en cambio, la Florida y una gran parte del valle del Misisipi, que le fueron compensadas por Francia con la Luisiana, y teniendo que reconocer á los ingleses el derecho de cortar maderas en Honduras y renunciar á la pesca en el banco de Terranova y á la reciente ocupación de la colonia del Sacramento. Pero, sobre todo, la reversión de Menorca á la Gran Bretaña, ni disputada siquiera en las conferencias preliminares de la paz, sirvió para probar mejor que cuantos argumentos pudieran aquí hacerse, lo desastroso de aquella guerra y lo torpe de un pacto tan incondicional como el de Familia, primero y más trascendental error de la política apasionada de Carlos III.

No ganó nada la isla de Menorca con la ocupación francesa. Si era más suave en razón del carácter y genio de nuestros vecinos, como no la ejercían en calidad de permanente, según ya hemos dicho al llamar la atención sobre los móviles que impulsaron á ella en Francia, no se introdujeron en la administración las reformas que, de otro modo, se hubiera cuidado de plantear por el Gobierno y sus delegados en la colonia. Si breve fué el tiempo que los franceses permanecieron, no el que duraron los efectos de la cultura especial que siempre llevan consigo sus ejércitos, especialmente sobre las costumbres. Perspicaces, ligeros y espirituales en sus maneras y habla, logran introducirse muy pronto en el corazón de las gentes, hiriendo su imaginación con los fascinadores conceptos de su brillante facundia y la atractiva dulzura de su trato.

Esa es la cualidad característica de los franceses; y el militar, sobre todo, rodeado de la aureola de la gloria y de la respetuosa consideración de la fuerza que siempre acompañan á los de su oficio en circunstancia, sobre todo cual aquella, de una conquista tan deslumbradora como rápida, impone casi inmediatamente su influencia buena ó mala.

Véase, si nó, un párrafo del compendioso escrito del Doctor Pons, tantas veces citado en

este. «Los franceses, dice, estuvieron en Menorca bastante tiempo para conocer los menorquines; pero hicieron poco bien á la Isla, porque nos enseñaron el lujo y la vanidad, hombres y mujeres, y la manera de hacer bailes y convites. De estos principios se han dado origen á hacer buenas casas, más con vanidad que proporcionadas á la hacienda de aquel. La Nación francesa logró en pocos años extender su lengua más que los ingleses en muchos, de forma que toda la juventud se aplica á la lectura de los libros franceses y con mucha instrucción, especialmente por el ministerio de la palabra que se oyen algunas oraciones compuestas con mucho arte; no obstante, el común pueblo poco se aprovecha de ello, porque aunque se deleita oyendo, no se retiene lo que se oye. Aquellas representaciones morales, acompañadas de algún ejemplo, se retenían más en la memoria, infundiendo horror al vicio y moderación en las costumbres.»

«En fin, dice Pons en otro párrafo, el lujo desde la época de los franceses ha sido excesivo en un sexo y otro, y con especialidad en el Cabo de Mahon, y pudiera esto tolerarse mientras no pase á profanidad que puede causar deshonor.»

JOSÉ G. DE ARTECHE.

(Continuará.)

## INFLUENCIA DE ALEMANIA EN LA LITERATURA INGLESA.

En la revista hebdomadaria de Berlin *Magazin für die Literatur des Auslandes*, se publicó no hace mucho tiempo un interesante estudio de monsieur Passow sobre la influencia de Alemania en la literatura inglesa, que juzgamos digno de ser conocido, y que en tal concepto nos permitimos compendiar.

La literatura inglesa, especialmente la poesía, ejerció por mucho tiempo una poderosa influencia en la vida intelectual de Alemania, sin que en ella se manifestase la más leve reacción por parte de ésta. La reciprocidad no dió principio hasta que Goethe y Kant abrieron nuevos caminos á la poesía y á la filosofía. El nombre de Lessing era casi desconocido en Inglaterra por la época en que

Fielding y Richardson formaban escuela en Alemania. En 1788, diez y seis años despues de la aparicion de *Götz von Berlichingen*, queriendo el novelista escocés Mackenzie dar una conferencia pública sobre el estado del teatro alemán, se vió obligado á recurrir á las traducciones francesas. Schiller hizo el gasto de la conferencia, citándose en particular su obra *Los bandidos*, que fué recomendada con entusiasmo al auditorio. Goethe no fué tan bien tratado, pues sólo mereció á Mackenzie el concepto de un mediano dramaturgo inglés de la época, hoy completamente olvidado. Declaró, sin embargo, que ambos "hacian concebir esperanzas."

La conferencia de Mackenzie tuvo importantes consecuencias. Inspiró á Walter Scott, adolescente aún, la idea de estudiar la literatura alemana y de traducir las principales obras de ella. En 1799 se publicó su traduccion de *Götz von Berlichingen*, ostentando en la portada la mención de: *Por el elegante autor de Werther*.

La lectura de Goethe y Bürger le hizo adoptar la resolucion de apelar él también al tesoro de las tradiciones nacionales.

Su ejemplo, sin embargo, no parece que fué seguido por muchos. Viajando por Alemania, en 1798, Coleridge y Wordsworth, hicieron una visita á Klopstock, el cual, enseñándoles un retrato de Lessing, les dijo que era el del más notable autor dramático de Alemania. Coleridge respondió que no le conocia más que de nombre, y Wordsworth añadió que habia leído *Nathan* pero que no le satisfacía. Klopstock, por su parte, declaró que le era imposible leer á Schiller, y que, en su opinion, las obras de éste serian pronto relegadas al olvido. De Goethe hablaron poco; no fué nunca del gusto de Wordsworth, que creia se le ponderaba lo mismo en su país que fuera de él. "No es, decia, un poeta de primer orden ni aún de segundo; todo en él es artificial, nada brota espontáneamente. He tratado de leer sus obras, y no he podido llegar al fin."

Wordsworth fué toda su vida rebelde á la influencia germánica, y deploraba no le hubiera sucedido otro tanto á Coleridge, que se entusiasmó desde luego por la poesia alemana y se apasionó más tarde por la filosofía de la misma escuela. "Su permanencia en Alemania le ha echado á perder, decia Wordsworth. Tuvo siempre inclinacion á la metafísica, y esa inclinacion se ha desarrollado."

Antes de Carlyle, Coleridge fué, en efecto, el gran intermediario intelectual entre Inglaterra y Alemania. Su mision no era fácil, porque el público inglés tenia muchas preocupaciones contra todo lo que procedia del otro lado del Rhin, y no

dispensaba buena acogida á las piezas alemanas. *Emilio Galotti*, de Lessing, no pudo alcanzar más de tres representaciones, y *Los bandidos* no obtuvo mejor suerte. Un periódico se atrevió á juzgar favorablemente la poesia alemana, y otro enseguida le acusó de "querer inicuaamente pervertir el gusto del público con la introduccion de aquel veneno extranjero." Hasta se trató de infame á Fichte y de vicioso é inmoral á Goethe. Las groseras injurias que se cruzaban entre los adictos y los adversarios de la influencia germánica, tuvieron por resultado el desprestigio de las obras objeto de la polémica. Dejaron al fin de ocuparse de ellas, y poco á poco se las fué olvidando. Pero esto duró hasta que salió á luz la traduccion de *Wilhelm Meister*, por Carlyle, que fué el año 1824. A dicha obra sucedieron, con muy cortos intervalos, los numerosos trabajos que han llegado á establecer entre la patria de Goethe y la de Shakespeare las relaciones intelectuales de que nuestra generacion está recogiendo abundantes frutos.

Hoy, un inglés que abrigue la pretension de ser ilustrado, no confesaria haber dejado de leer las obras maestras de la literatura alemana.

RICARDO DE MEDINA.

### COSAS BISMARCKIANAS.

Los biógrafos de *Bismarck* nos damos la enhorabuena por el riquísimo material que acaba de proporcionarnos el doctor alemán Mauricio Busch, en su publicacion *El Conde de Bismarck y su gente*, que contiene los que pudieran llamarse *discursos de mesa* del Conde y de sus comensales, los miembros de su Estado Mayor diplomático, durante la guerra franco-alemana. Como empleado de cancillería de la Confederacion del Norte de Germania, hallóse el Sr. Busch á la sazón cerca del canciller, escuchando los discursos más íntimos del que por sus inclinaciones patriarcales y su naturaleza enérgica, recuerda á Oliverio Cromwell, asemejándose por su temperamento irascible, por su esencia tan genial como juvenil, por su inclinacion de retirarse del ruido del mundo, y por sus victorias á Aquiles. En la vida del campamento, complacíase el canciller en hablar de todo con inusitada franqueza, y á veces, en las horas de la noche, trasladaba el Sr. Busch al papel los discursos de mesa del estadista batallador, el cual dijo de sí propio que fué la pimienta de aquella sociedad pesada que se llamaba *Bundestag*.

Puede condenarse el libro del Sr. Busch por

haber nacido de una indiscrecion *arrojando al viento de la publicidad* los menores actos de la vida de Bismarck, y descorriendo todos los velos que cubrian sus sentimientos más íntimos; pero sin indiscreciones no se descubre nunca la historia contemporánea y en aquellas palabras que se deben al impulso del momento, en aquellos discursos que tienen, lo mismo que los discursos parlamentarios del entonces Conde y hoy príncipe, rasgos propios del folleto; en aquellos discursos que—perdónesenos la frase—*están empedrados* de anécdotas y de recuerdos de los años en que el canciller no fué sino diplomático en embrion, hombre de Estado en agraz; en aquellos cáusticos juicios críticos sobre sus contemporáneos, en aquellas efusiones de su sentimiento se refleja el carácter de Bismarck de la manera más fiel, ofreciéndonos el cronista de aquellas tertulias al Bismarck más puro y más genuino. Es como si viésemos un retrato cumplido de Bismarck como particular, formando los rasgos del cuadro una mezcla singular de melancolía propia de todos los hombres grandes de la historia, de agudeza, de profundidad del ánimo, de orgullo ante los hombres y de humildad ante Dios, de nobleza y de cinismo. Al caracterizar á otros, el estadista se caracteriza aun más francamente á sí propio. ¡Cuánto pudieron aprender en sus discursos no sólo los neófitos en política y los diplomáticos en estado de crisálida, sino también los que tienen experiencia del mundo!

¡Cuán características para Bismarck son estas palabras que pronunció el 28 de Setiembre de 1870 en el palacio de Ferrieres:

"Yo no comprendo cómo sin la fé en una religion revelada, en Dios que quiere lo bueno, en un Juez Supremo, y en una vida futura, se pueda vivir de una manera ordenada, cumpliendo con su deber y dejando lo suyo á cada cual. *Si dejase de ser cristiano no quedaria yo ni una hora más en mi puesto.* Si no confiase en mi Dios, ciertamente no haria caso de ningun señor de la tierra. ¿Por qué debo trabajar sin descanso en este mundo exponiéndome á sinsabores de todo género, si no me penetra del sentimiento de que por Dios tenga que cumplir con mi deber? Si no creyese en un orden divino que haya destinado á la nacion alemana para algo bueno y grande, hubiera luego renunciado al oficio de diplomático, ó no lo hubiera empezado. A mí no me seducen las órdenes ni los títulos. La constancia de que he hecho prueba durante diez años continuos contra todo género de absurdos, la debo solamente á mi fé resuelta é inquebrantable. Si no fuese un creyente cristiano, si no tuviese la base peregrina de la religion, no hubieran visto Vds. tal canciller de la Confe-

deracion. Mostradme un sucesor que tenga aquella base, y yo me retiraré de buena gana. Pero estoy en medio de paganos. Diciendo eso no quiero yo hacer prosélitos, pero tengo necesidad de confesar mi fé. Quien me quita ésta, me quita mi patria."

Hé aquí una alusion mitológica: tratándose un día de Apolo, dijo Bismarck: "Este no me ha gustado nunca. Es el tipo genuino de un francés. Es uno que no puede soportar que otro toque la flauta mejor, ó tan bien como él. Tampoco me gusta que Apolo favoreciese á los troyanos. Yo me siento atraído hácia el honrado Vulcano, y más todavía hácia Neptuno."

Merece mencion tambien lo que dice acerca de a raza germánica: "Esta es, como si dijéramos, el principio masculino de Europa, el que fecunda, mientras los pueblos celtas y slavos pertenecen al sexo femenino. Aquel principio se extiende hasta el mar del Norte y más allá hasta Inglaterra. Los Estados-Unidos donde los alemanes forman lo mejor de la poblacion, son como los hijos, como los frutos de aquel principio. Este estuvo tambien en Francia cuando allí prevalecian todavía los francos. La revolucion de 1789 era el abatimiento del elemento germánico por el celta; pero, ¿qué vemos desde entónces? En España, cuando allí prevalecia todavía el elemento gótico, y en Italia, en cuya parte superior los alemanes desempeñaron asimismo un papel principal, ¿no habia entónces un régimen ordenado? Es verdad, cuando se encuentran sin mezcla, los alemanes tampoco valen mucho. En cambio, son buenos, excelentes, irresistibles é invencibles cuando están unidos por la violencia ó la ira. Si no cada cual obra segun su capricho. A la verdad, el absolutismo manejado de una manera benévola, justa y razonable, es el mejor régimen de gobierno. Pero nos faltan los verdaderos absolutistas. Esta especie se ha muerto."

El que daba patente de defuncion al partido absolutista, muestra una franqueza que aturde, en sus juicios críticos acerca de los personajes históricos del siglo. Así dice de Napoleon: "yo lo he dicho ya há diez y seis años cuando nadie queria creerlo: es tonto y sentimental. A pesar de lo que se pueda pensar de su golpe de Estado, Luis Napoleon es verdaderamente bondadoso, sensible, y ya lo dije, hasta sentimental. No es grande su inteligencia y tampoco su saber. Le faltan, ante todo, los conocimientos geográficos, aunque fué educado en Alemania y allí estudió: tenia las ideas más fantásticas. En Julio de 1870 vaciló tres dias sin poder tomar una determinacion, y aún hoy no sabe lo que quiere. Sus conocimientos son tales, que en nuestro país no podria hacer siquiera el exá-

men de referendario. Yo se lo dije al rey en 1855. No sabe cómo vamos nosotros. Cuando yo fui ministro celebré un coloquio con él en París. Entonces dijo que en breve espacio de tiempo habria una insurreccion en Berlin y la revolucion en el pais. Pero yo le contesté: *Nuestro pueblo no erige barricadas, y las revoluciones las hacen en Prusia solo los reyes.*"

Acerca de Thiers dijo Bismarck: "Hé aquí un hombre prudente, amable, ingenioso, sí; pero para ser diplomático es tambien demasiado sentimental. Es, sin duda, una naturaleza más aristocrática que Favre, pero no es bueno para ser negociador, ni siquiera tratándose de las cosas más humildes. Se deja aturdir demasiado fácilmente, revela lo que siente; en fin, se deja sondear."

En cuanto á Julio Fabre, contaron los contertulios, que éste lloraba durante las negociaciones con Bismarck. "Sí, contestó éste, parecia que lloraba, y yo trataba de consolarlo. Pero cuando yo lo contemplaba más cerca, estaba seguro de que no hubiese podido producir lágrima alguna. El creía, probablemente, que pudiera hacerme un efecto con una *histrionica* semejante á la con que os abogados de París conmueven al público. Estoy persuadido de que en Ferrières se habia afeitado y empolvado de blanco, sobre todo la segunda vez, para representar mejor al afligido y abatido."

Los contertulios desaparecen entre la figura de Bismarck que se posesiona del ánimo de todos con tanto desembarazo, con tanta autoridad. Dijo de sí: "No puede decir mi hijo, que su padre se haya lucrado como *alcista* ni como *bajista*. Pero un dia he jugado con la pasion más vehemente, sólo por alcanzar un fin diplomático. Era el juego de naipes llamado *quince*. Lo jugaba al hacer el tratado de Gastein con el Sr. Blome. Este habia oído decir que la mejor ocasion de conocer á los hombres era el juego *quince*, y yo decia entre mí: ahora vas á conocerme; y jugué de manera que todos se maravillaron creyéndome temerario. Perdí unos doscientos escudos, que hubiera podido liquidar como empleados en el servicio del rey de Prusia, pero le hice creer que era un temerario, y se dejó vencer."

Un dia dijo Bismarck: "Un embajador puede fácilmente granjearse el cariño de los suyos. Yo lo quisiera tambien. Pero á un ministro le falta el tiempo para eso: ¡tiene que hacer y pensar tantas cosas! Por ende yo me lo he arreglado todo de un modo más militar."

En efecto, el canceller no aparece hasta en la Dieta, sino vistiendo el uniforme militar.

*Minima non curat praetor*, podria decir tambien nuestro Bismarck. Eso lo expresa la gerigon-

za de los estudiantes alemanes con la frase gráfica *Das ist mir Wurscht*, que dice, traducida al pié de la letra: "Eso me es *morcilla*," quiere decir: (Eso me es indiferente.) Cuando en presencia de Bismarck se debatía en Versalles cómo de allí en adelante habia de titularse el rey de Prusia: emperador aleman, emperador de los alemanes ó emperador de Alemania, Bismarck dijo á uno de los suyos: "No recuerdo en este momento cómo se llama *Wurscht* en latin.—*Farcimentum*,—le dijeron.—Pues bien, replicó el estadista; ese eterno estudiante, *nescio quid mihi magis farcimentum esset*. (No se cuál de esos títulos me seria más indiferente).

Para concluir, diré que el dia 1.º de Abril de 1879, natalicio del *Príncipe Bismarck*, se colocará su primera estatua en Colonia, delante del Casino de la ciudad.

El monumento debido al estatuario berlinés Mr. Schaper, se costeará con el legado de un hijo de Colonia.

JUAN FASTENRATH.

## LOS CLAVELES.

Juan y Teresa se casaron y al año Dios bendijo su enlace, y una preciosa niña que se llamaba Flora fué el fruto de su union.

Juan no era bueno con Teresa y Teresa no era cariñosa con Juan.

La pequeña Flora era un verdadero querubin que queria tanto á su padre como á su madre, y que para repartir por igual sus caricias siempre queria estar en medio de los dos.

En el pueblo se criticaba la conducta de los esposos, y el buen padre Anselmo les visitaba frecuentemente para exhortarlos á que siguieran mejor camino.

Una noche, tras una reyerta, llegó el cura á hacerles un poco su cotidiana tertulia.

Llevaba un libro para hacer, leyendo, ménos larga la velada, y despues de los saludos de costumbre empezó á leer, al calor del fuego del hogar.

Los esposos, sentados juntos, oían distraídos la niña contemplaba con cariño al sacerdote y escuchaba con atencion.

\*\*\*

Kora, la hija de un poderoso rey de Egipto, adoraba las flores, y paseando un dia por su jardin vió frente á frente, colocadas en un cuadro, dos hermosas plantas de claveles. Era la una roja como las tintas del sol al luchar con las nubes en el



alba, y blanca la otra como el reciente copo de la nieve sobre el añoso tronco de la encina.

—¡Cuán hermoso consorcio harán! exclamó la princesa al contemplarlas, y arrancando un esqueje florido de cada una, sembrólos juntos en un precioso tiesto.

Se estremecieron de placer las dos hermosas floras al verse juntas, y algo blanqueó la roja y algo enrojeció la blanca.

A las pocas mañanas contemplaba la dueña, loca de alegría, brotar un capullito del centro del tiesto.

—¡Cuán hermoso será, decía, blanco y rosa, de los colores de sus padres! Mañana cuando el sol le reaccione de su baño de rocío, saliendo tímido de su envoltura verde, dejará ya ver sus rizadas hojitas. Yo cuidaré su vida con amor y le alimentaré con frescas aguas, yo le defenderé de los insectos y limpiaré sus hojas para que el polvo no marchite sus colores.

Pasó aquel día, y cuando rotos los velos de la noche secaba el sol sobre las hojas las lágrimas del alba, Kora vió con sorpresa y con pena, que el capullo permanecía cerrado y los claveles, lozanos aún en la tarde del día antes, parecían próximos á morir.

El clavel rojo no amaba á compañero y sus raíces se huían en vez de sostenerse mutuamente con su sávia.

—¡En qué mal tiempo nació el capullo!

Débil, sin calor aún, próximo á marchitarse, luchó aquel día el pobrecito y sus diminutas raíces se alargaban, se alargaban cuanto podían para buscar vida y fortaleza en los que le crearon.

Los padres luchaban por huirse, pero el tierno vástago logró cogerlos y poco á poco enlazó sus raíces con la suyas.

—¿Quién resiste esos lazos? Iba á amanecer y el alba sorprendió unidos á los dos claveles, que juntos parecían una gota de sangre sobre el ala blanca de una paloma, y á sus pies el capullo asomando su cabecita rosa y blanca, que semejava á la pureza ruborizada por los amores.

Flora había ido poco á poco, mientras el cura leía, uniendo con sus bracitos las cabezas de Juan y Teresa.

Sonó un beso.

La niña sonreía.

El cura dejó el libro y cayó de rodillas murmurando una oración.

LUIS DE SANTA ANA.

## NOTAS DE VIAJE.

(Continuación.)

### DE ROMA Á MADRID.

ITALIA.

I

Salgo de Roma en martes, desafiando las preocupaciones del vulgo. Cuando se escriban las biografías de los libre pensadores insignes, espero que se tome en cuenta este atrevimiento. Aunque bien mirado, nada tiene de particular; pues cuando un individuo es víctima de intrigantes manejos, y se vé obligado á abandonar amigos cariñosos, y vuelve á la pátria en busca de los antiguos, y sabe que los va á hallar llenos de sinsabores, y está seguro de que le esperan las amarguras de un calvario, bien puede afirmar que todas las semanas tienen para él siete martes, siete días aciagos.

Cometería un pecado de ingratitud si no os presentara, benévolos lectores, el criado que acabo de dejar, Giovannino, en cierto modo ligado á la historia contemporánea de España.

Giovannino es bastante viejo, como que siendo ya hombre presenció las fiestas que se hicieron en Roma, y bebió en las fuentes de vino que corrieron en *Piazza di Spagna*, en celebracion de ciertas bodas régias, á cuya merced tenemos los españoles Gobierno constitucional. Tambien es bastante feo. No sé hasta qué punto es lícito hablar de la fealdad de los hombres. Hubo una época, no muy lejana, en que fué moda entre los periodistas de Madrid, que luego se propagó á Ultramar, el bromearse á costa de la escasa estética de un escritor humorístico, popular en España, moda que acabó cuando este señor, ofendido en sus ilusiones, sacó á plaza la opinion materna para la que no háy hijo feo por rematado que lo sea. Y ocioso es añadir que la prensa satírico-liberal, cuando cierto personaje político, jefe de una bandería moderada, manda con los suyos, le llama en todos los tonos feo, recordándole una desgracia que pesa sobre él desde que en la península es conocido el sistema parlamentario.

Bien podré, por lo tanto, sin incurrir en pernicioso novedad, decirlo de Giovannino. Ya desde muy jóven se dedicó éste al servicio de los diplomáticos residentes en el palacio de España, por aquellos venturosos tiempos en que no habiendo

más que un solo representante de la nación en Roma, no había tampoco dimes y diretes sobre atribuciones, ni se pensaba en construir segunda escalera para que los cortesanos del Pontífice no se encontraran con los cortesanos del Rey al visitar respectivamente á nuestro embajador y á nuestro ministro. Razon por la cual, el antiguo servidor sabe la vida y milagros de cuantos diplomáticos reaccionarios y liberales han enviado á Roma los diversos Gabinetes de Madrid, desde hace cuarenta años, unos para que desenredaran la madeja político-canónica, y otros para que se redondearan decorosamente. Sobre gran parte de ellos pesa la losa del sepulcro, y la memoria de muchos yace bajo la losa del olvido, más pesada aún que la del sepulcro.

De quien conserva Giovannino indeleble recuerdo es del incomparable Rios Rosas, el más enérgico de cuantos embajadores ha tenido España en Roma, igual al más digno, maestro de elocuencia, gloria del partido conservador liberal y honra de la patria. Con ser tan valioso, tenía momentos en que, oscureciéndose la luz de su inteligencia, creía que trataban de envenenarlo. No andaba muy seguro de la hidalgúa de los romanos, y en cierta ocasion amenazó á Giovannino, pistola en mano, con quitarle la vida, si no declaraba quién había envenenado un manjar que el infeliz criado acababa de llevarle para desayuno.

Cuando Giovannino sabe que va á llegar á Roma alguna partida de peregrinos españoles, capitaneados por neos ó por moderados históricos, se rie con la misma malicia con que pudieran hacerlo las viejas brujas de vía Frattina, vía Margutta y piazza Barberini, testigos ántes de las hazañas eróticas de determinados excelentísimos señores. De sus prendas morales nada tengo que decir en contra. Como buen romano, su política, su religion, su civilizacion, su ideal es Roma; la ciudad, sólo la ciudad; porque Giovannino, como sus paisanos, es *romano de Roma*, sin desdeñar, no obstante, el vino *dei castelli*, blanco y tinto, que los pueblos comarcanos suministran á la señora del mundo.

## II

A las diez de la mañana (estamos en Agosto), partió el tren en direccion á Civita-Vecchia, Pisa y Liorna. Desde Roma al último punto han de recorrerse 334 kilómetros; á los 81 está Civita-Vecchia. Sabido es que esta parte de los antiguos Estados Pontificios, continuada hasta la Marisma Toscana, es árida, insalubre, triste. La primera estacion que se encuentra es la Magliana, donde se ha verificado la última Cervara, ó Carnaval de

los artistas residentes en Roma; despues siguen varias estaciones nominales, por no haber más que el edificio del ferro-carril, sin otras señales de poblacion.

Al cabo de una hora se vé una tira de mar tranquilo, que va ensanchándose por Palo, pueblo de baños, de hermosa playa; tira que camino adelante aparece y desaparece hasta convertirse en estensa llanura líquida, cuyas ondas vienen junto á la misma vía férrea.

En Civita-Vecchia se toma una ligera refaccion en un puesto ambulante del anden, sino se ha tenido la prevision de traer provisiones. Es cierto que para ocurrir á esta dificultad se halla el gran hotel de Montalto (116 kilómetros) frontera del ya mencionado reino papal, donde había ántes una aduana que fiscalizaba hasta las intenciones ocultas. En este pueblo, y á dos pasos de la estacion, hay una choza de paja, cuyo solar podrá tener cuatro metros cuadrados, la cual ostenta sobre el agujero de entrada la siguiente inscripcion: *Grand Hôtel*, en caracteres mayúsculos. Los franceses, por creerse superiores á todo el resto de la humanidad, nos imponen en serio semejantes exageraciones, explotando el atraso de los demás; pero los italianos, aunque exageran en su casa, son circunspectos en sus relaciones internacionales, y como relacion internacional es una fonda de ferro-carril italiano con letrero francés, me extrañó mucho semejante salida de tono. La choza, en último resultado, tiene gracia, porque en el *grand hotel* no se encontraron otros géneros que salchichon de jaspé, pan marmóreo, queso petrificado y vinagre en vez de vino.

Hácia las cinco de la tarde, despues de haber recorrido 250 kilómetros, se llega á la estacion de La Cornia, que no tiene más particularidad que el estar próxima á Piombino, consistiendo la particularidad de Piombino en servir de embarcadero para la isla de Elba, distante 10 kilómetros, formada de montañas graníticas y piedra serpentina.

Peligroso es, ahora que en diversas localidades y con varios pretextos se intentan facciosas manifestaciones en favor de Napoleon IV, salir hablando de la isla de Elba. Yo, que respecto al héroe del siglo estoy tan léjos de la admiracion cantada en dos generaciones de odas, como del encono raquíptico del gran Waltet Scotk, no quiero hacerme sospechoso de bonapartismo. En mi humilde juicio, el primer Napoleon fué de acero, el segundo de aire, el tercero de barro, y el cuarto presumo que es de papel pintado, sin que jamás llegue á tomar consistencia real. No vaya á creerse por este desenfado en tratar de tan famosa dinastía que no he hecho sacrificios por los Napoleones. Precisamente no há tres dias que para cambiar algunos

centenares de liras italianas, de papel moneda, por napoleones de oro, tuve que pagar, no diré un premio, sino un castigo para mí de 8 por 100, que mermó considerablemente mi exíguo capital. Pero estos sacrificios, aunque son de los que se pagan con dinero, no quiero hacerlos valer; y si algún día soy presentado á la distinguida condesa de M... (cuya amabilidad para recibir en sus salones gente plebeya no reconoce límites) procuraré que no salga de mi boca ni una alusion, ni un lamento.

Al caer la tarde se acerca el fin del viaje. El sol se esconde tras del mar. Variados celajes, recortados por oscuros montes, llenan el espacio de poesía que impresiona primero nuestros sentidos y va despues derecha al corazon. La voz de la naturaleza se hace sentir potente, confundándose con ella la voz de nuestra alma en armónico concierto.

A las siete, en calle Salvati, cambian de tren los que van á Liorna; los que vamos á Pisa permanecemos en el wagon, y allá llegamos al cabo de media hora.

### III

Quando se llega cansado y con apetito á una fonda, lo natural es comer y luego descansar. El establecimiento en que me alojé en Pisa, próximo á la estacion, es como todos; la cámara que me designaron es como todas las cámaras; el lecho, como todos los que tienen un cierre de cortinas tupidas, lo más á propósito para el verano. Apriornado en él, vino á mi memoria una situacion cómica del *Viaje sentimental* de Sterne. Ciertamente que yo no tenia la vecindad de una cama con su bella durmiente, que á tenerla, en vez de llevar á efecto, como el buen Yorik, una alianza de estricta neutralidad, prendida con alfileres, hubiera hecho prodigios de diplomacia para celebrar un tratado de comercio. Pero los dueños de las fondas en estos tiempos civilizados no tienen por costumbre promiscuar en una sola pieza huéspedes de diferente sexo, á no ser que exista previo aviso y conformidad de interesados.

¡Pisa! Los 150.000 habitantes que la componian en época esplendorosa han quedado reducidos hoy á 24.000. Con razon se la llama *Pisa morta*. Está situada en una llanura, al pié de los montes Pisanos, que se derivan de los Apeninos. La atraviesa el Arno, lo mismo que á Florencia.

Sabido es cuál es la riqueza más preciada de Pisa: aquella plaza, ó mejor dicho, aquel campo (porque brota la yerba por las junturas de las piedras, como en los sitios solitarios) en que se alza una familia de monumentos, si es lícita la expresion. La Catedral, como madre; el Baptisterio, como hijo, colocado en frente; el Campanil,

que está detrás, y cela inclinado, como buen servidor; el Campo Santo, en fin, tendido á la derecha de la iglesia, yacente, muerto. Las elocuentes páginas que el Sr. Castelar ha escrito sobre estos lugares, declaran la sublimidad de tales obras. Las Guias de viajeros entran en detalles de fechas y pormenores de noticias á que remito al lector curioso. Sólo diré que el arte cristiano de la Edad Media es el que mejor habla de la religion espiritualista del Cristo. Lo gótico es el sentimiento en la arquitectura; y ese cúmulo de templos greco-romanos, si se cuenta desde la Basílica Vaticana hasta la última iglesia de jesuitas, sólo sirven para ensalzar el catolicismo como cuerpo social, organizado, predominante, rico, aparatoso, soberbio.

De Pisa á Liorna se va en treinta minutos, contemplando un agradable panorama. El ramal que enlaza estas dos ciudades carece de estaciones intermedias. Es una Liorna, se suele ó se solia decir para significar un barullo estrepitoso en el que nadie se entiende. Hoy Liorna tiene 100.000 habitantes, de los cuales 18.000 son judíos, lo que indica que la poblacion prosigue entregándose al comercio con sus cinco sentidos. Ya no se ven por las calles gentes oriundas de las diversas partes civilizadas del universo, vestidas á la usanza de su país; desapareció el poderío comercial de Liorna, yéndose con él la exuberante vida, el fragoroso movimiento de que gozó en lo antiguo.

Todo cambia en este pícaro mundo, todo, hasta la misma inmortalidad. En prueba de ello, ahí está la gran plaza de Carlos Alberto, en cuyos extremos habian colocado los liorneses, una en frente de otra, dos magnificas estatuas, la del gran duque de Toscana, Fernando III, y la de Leopoldo II, su hijo, tan gran duque de Toscana, por lo ménos, como su padre. El basamento de la estatua fernandina tiene un bajo relieve que representa el beneficio de la traida de aguas, hecho por el soberano á la ciudad. Además, hay una inscripcion en que se pone al gran duque de piadoso y grande que no hay por donde cojerlo. Tanto este bajo relieve como el del basamento leopoldino, que representa las obras del puerto, construidas bajo los auspicios del otro gran duque, son de un rutinario clasicismo. Los rios están figurados por ancianos sosteniendo una urna que arroja agua; la ciudad, por una matrona con corona mural; el comercio, por Mercurio; las artes, por musas que llevan en la mano los atributos correspondientes. Ahora, más que nunca, que el arte ansía nuevos ideales, cansado de las gastadas fórmulas, producen un efecto desastroso semejantes relieves.

Pues bien, y vamos al asunto: Fernando III, sin laurel en la cabeza, sigue inmortalizado en

las inscripciones del monumento de la plaza de Carlos Alberto; pero su infeliz vástago, Leopoldo II, con tanto laurel como un primer premio de colegio francés, cesó en su cargo de inmortal por obra y gracia de la Asamblea del año 59, que declaró la dinastía austriaco-lorenesa incompatible con el orden y la felicidad de la Toscana. Así lo han escrito los liorneses con caracteres de bronce en una lápida de mármol colocada sobre la antigua, en que acaso las mismas personas grabaron con rasgos indelebles la apoteosis del soberano.

A mayor abundamiento, en la lápida del lado opuesto, que oculta otra debilidad absolutista, figura el resultado del plebiscito del pueblo toscano en el año 60. En números redondos es el siguiente:

Votaron á favor de la monarquía constitucional de Víctor Manuel .....	366.000.
Votos separatistas.....	14.000
Votos nulos.....	4.000

Por lo cual dije antes que todo cambia en este pícaro mundo; hasta la inmortalidad,

En la misma plaza, impresionado aun de las fatales ideas que Leopoldo II me sugería, diciéndome desde su pedestal:—no te rias, que puede ser que con tu estatua hagan tambien alguna barra-basada,—ví cruzar la más gentil buena moza del pueblo, legítimo representante de una raza de mujeres que sólo he visto en Pisa y Liorna. Alta proporcionalmente; derecha sin rigidez; esbelta con plenitud; empinado hácia atrás el moño, de cuyo vértice pendía un pañuelo de seda de color de rosa, anudado bajo la barba; ligera chaquetilla blanca, ceñida, lisa por la espalda, convexa por el pecho, que dibujaba el busto, formando un volantito á raíz de la cintura; ajustada falda de percal pardo, en pliegues naturales, terminada por volante medio palmo antes de llegar á los tacones; piés firmes, cubiertos de limpia media blanca y calzados de chapines de madera con tacones de tres dedos de altos; marcha entre magestuosa y llamativa; cara blanca, ojos castaño-oscuros, pelo tirando á negro, boca tirando á grande, y sonrisa tirando á degüello; aquella criatura era lo que había que ver. La seguí un rato para alabar á Dios en sus obras.

#### IV

Al mediodía parte el tren de Pisa para Génova. Deslízase el convoy por aquellas hermosas y bien cultivadas llanuras, con reposo y fruición del viajero, apercibiéndose para la anhelosa carrera que ha de emprender desde la Spezia á la capital de la Liguria.

La segunda estación despues de Pisa es Viareggio, delicioso punto de baños de mar en la península. Los periódicos de Florencia dicen que allí

se reúne la nata y flor de la buena sociedad italiana. Los diarios de Nápoles anuncian que en la *Villa Real*, paseo que se ilumina fantásticamente por la noche y se regocija con la música de bandas militares, se reúne tambien lo mejor de la sociedad italiana. Segun las hojas de Venecia, en los encantados laberintos del Lido se reúne á gozar de la brisa del lago, de la armonía de los conciertos vocales é instrumentales, de la poesía que misteriosamente penetra en aquel lugar paradisíaco, lo más selecto de la sociedad italiana. La prensa de Roma cree que en los pueblecillos agrupados en las colinas tusculanas, se reúne la distinguida sociedad italiana. De modo que, dando de barato que lo mejor, y lo bueno, y lo distinguido, y lo selecto, finalmente, la crema de la buena sociedad es la sociedad elegante que veranea, ésta, como Dios, se ve dotada del don de la ubicuidad, al decir del periodismo italiano.

El extenso valle de esta comarca se estrecha llegando á Massa, próxima á Avenza, de donde se deriva una ramificación férrea de cinco kilómetros que conduce á las famosas canteras marmóreas de Carrara, pequeño espacio donde está condensada gran parte de la gloria del planeta. Muchos de los hombres célebres, extraordinarios, ó génius que nuestro mundo ha producido y producirá con destino á la posteridad, significan otros tantos trozos de piedra blanca y perdurable, creada para perpetuar su memoria. La cuestión es de puro procedimiento; de desbastar el informe pedrusco y sacar de él la estatua que indefectiblemente encierra. En esta cuestión de detalle es donde se pierden ó se salvan los artistas. De ellos depende que el gran hombre cuya forma quieren copiar salga trasfigurado ó desfigurado.

Al pasar frente á Carrara un cúmulo de consideraciones asalta mi mente. Allí están, en las entrañas de los montes, las imágenes de los grandes que las naciones tienen olvidados, esperando que una época de ilustración los saque á la luz del sol y á la admiración de sus compatriotas. Allí están, aguardando su turno, las estatuas de privilegiados que aún gozan vida mortal y que por sus hechos ó escritos dejarán un rastro luminoso en la historia. Allí están tambien algunos génius del porvenir, que Dios sabe cómo pensarán, cómo obrarán, qué milagros de arte, de ciencia, de industria, de progreso habrán de realizar para conquistarse la gloria.

Mi imaginación fantasea en el interior de las montañas inmenso palacio de singular arquitectura, resumen de todos los estilos bellos, que una mano prodigiosa refundiera en orden de superior hermosura. En prolongadas galerías de transparentes muros que una clara luz penetra, vé las es-

tátuas de los grandes hombres futuros, sobre pedestales soberbios; entre ellas la de un músico que ha reconcentrado en su obra maestra las vagas inquietudes, los indeterminados dolores, las indefinidas amarguras con que la melancolía del siglo punza las organizaciones delicadas y los espíritus enfermos de ideal; la de un poeta que ha elevado la materia dignificada al rango épico; las de artistas que han fijado en el lienzo y en las piedras lo más bello de la naturaleza, sin rebuscar fuera de ella los cánones estéticos que sólo aparecen escritos en su seno, y se patentizan al que sabe con amoroso afán buscarlos, como se busca en la mujer amada la casta expresión de la belleza concebida al calor del sentimiento. Al final de tan brillantes galerías, que por un extremo dan á los pórticos resplandecientes del palacio, y por otro á rotondas oscuras donde habría de reposarse largo rato para percibir alguna cosa, veo las estatuas presas de nuestro Cervantes, de nuestro Lope, de nuestro Tirso, y otros, sumidas en lobreguez por la ingrata incuria y despreciable pobreza de una Nación que acaso jamás piense en llegar hasta los antros de Carrara y librar de sus mazmorras á las figuras que el sol potente de la patria debe reanimar con el fuego de sus rayos de oro.

Saliendo á la explanada sobre que me fingí construido el palacio, vi una gran extensión cubierta de bustos, apreciables sugetos muy conocidos de su familia, que la vanidad ó el cariño robaban á los destructores ultrajes del tiempo; y sirviendo de límite lejano á la vasta llanura interminables líneas de monumentos sepulcrales, formados también con el niveo elemento que las canteras guardan en sus profundidades.

Bajo el dominio de este sueño llegué á Sarzana, cuando las montañas comienzan á invadir el llano, abriéndose el primer túnel que se encuentra desde Nápoles, siguiendo el litoral.

Desde la Spezia, que viene luego, hasta Sestri, hay 45 túneles en un trayecto de 55 kilómetros. Se puede afirmar que es una inmensa galería oscura, interrumpida por fajas de luz.

Se sale de un túnel para entrar en otro inmediatamente. El silbido de la locomotora mortifica, y cuando parece que la mano disforme de un sér invisible agarrota el respiradero de la máquina, para que no aturda con su prolongado y agudo chillido, el mónstruo de hierro se esfuerza en continuar advirtiendo del peligro, silbando roncador por los agujeros practicados en las rocas. Cree uno que va en el coche del diablo. Séres infernales serpentean traviesos por entre las ruedas, produciendo cada cual un ese ruido pertinaz y fuerte, sujeto á compás. Se me autojaban llenos de pér-

fida malicia, golpeando á lo largo del tren, para matraca de los viajeros impresionables ó irascibles. Las sombras acrecientan el estrépito. De túnel á túnel se abre el negro espacio, dejando ver el proceloso mar que hiere los ojos, reflejando la luz solar.

Aquello es una serie de transiciones de la oscuridad á la claridad, del bórato al ambiente; y cada punto de transición es un pueblo. Unas veces confuso amontonamiento de miserables chozas construidas con cantos supuestos, semejantes á conchas de descomunales mariscos; otras, apiñado grupo de casas de fábrica, ya agarrado á la montaña, ya colocado entre dos rocas; pero siempre protegido por el fuerte muro en que está enclavada la vía, y contra el cual se estrella el mar rugiente y espumoso.

El ánimo rendido sucumbe ante el poder tiránico de la materia en estrepitoso movimiento, reconcentrándose para quedar en libertad. Cuando no es el ruido de los wagones, centuplicado horribilmente en las negras galerías, es el fragor de las olas rompiéndose en la costa acantilada, lo que os acompaña durante el trayecto.

En ocasiones se ensancha la distancia entre túnel y túnel, permitiéndolos ver una pequeña playa con barcas pescadoras descansando sobre la arena; ó bien un pueblo importante con su iglesia de esbelta torre y sus manzanas de casas de tres pisos, sobre algunas de las cuales cruza el tren veloz, cuando al diablo le entra la humorada de lanzarlo por los aires.

En determinadas estaciones se para á recoger contados viajeros, y entonces es la hora de comprender la soledad de aquellos parajes escuetos, donde el viento azota las banderolas de los guías, las cortinillas de los coches, y los vestidos de las mujeres pedestres que atraviesan raras y huidas, alejándose del siniestro convoy.

En Chiavari se presenta de nuevo la llanura, alborozando á los medrosos, quienes despues de un rato de respiro vuelven á caer en el pavor pasado. De un tiron, que dura dos horas, pasa el tren 28 galerías más; y para remachar el clavo, despues de llegar á Génova, se entra en la última que atraviesa la ciudad, desde la estación Brignole á la estación Príncipe, en la que se desembarca. El tren ha seguido su curso dejando atrás campanarios, quintas, monumentales edificios, pertenecientes á pueblos comarcanos que atestiguan no solamente la proximidad, sino también la riqueza del emporio genovés.

## IV

## ALGO SOBRE MILAN.

Para ir de Génova á Milan se sale por San Pedro de Arenas, arrabal manufacturero de 14.000 habitantes, lleno de fundiciones, fábricas metalúrgicas y talleres de construcciones navales.

En los primeros 42 kilómetros ha habido que superar inmensas dificultades para el planteamiento del ferro-carril. Desde San Pedro hasta Pontedécimo, ó sea tres estaciones más allá, la vía sigue la orilla izquierda del torrente Polcevera, invadiéndole á menudo el lecho, con poquísimo recato en un sér femenino. Debilitado el torrente con tales invasiones, contenido, además, por los fundamentos sólidos de la vía, que sabe mantenerse en su puesto cuando le conviene, el pobre Polcevera no es ya aquel torrente que tenia por costumbre devastar la comarca, sino mísero riachuelo que se eclipsa, avergonzado de su actual-posición. ¡*Sic transit gloria mundi!*

Desde Pontedécimo se atraviesan cinco túneles pequeños, precursores de otros seis grandes: el primero llamado *degli Armirotti*, tiene 182 metros. El segundo, ántes de llegar á Busalla, se intitula *dei Giopi* (nombre de la montaña calcárea en que está practicado), y tiene la friolera de 3.100 metros. El tercero, próximo á Ronco, es de 864 metros, denominado *della Pieve*. Viene inmediatamente el cuarto, de *Villavecchia*, de medio kilómetro, y á él sigue un puente oblicuo de tres ojos; y al puente oblicuo sigue el quinto túnel de *Gravercino*, de 860 metros; sucediéndole un viaducto de 250 metros, en *Isola del cantore*, tras de cuyo viaducto se presenta otro de 300 de largo por 30 de alto, acabando la procesion en la sexta galería de *Pietra Bissara*, que es de 682 metros, tres mil ántes de llegar á la estacion de Arquata.

Poco despues se llega á Novi, donde el 15 de Agosto de 1799 dieron rusos y austriacos una batalla á los franceses, muriendo Joubert. Más allá, á la derecha, está Marengo, que dió su nombre á la batalla ganada por los franceses á los austriacos el 14 de Junio de 1800; y siguiendo el ferro-carril aparece la ciudad Alejandria de la *Paja*, situada en una llanura fértil, en la confluencia del Bormida y del Tanaro, que suele hacer sus calaveradas por los alrededores.

Fué fundada en el siglo xii por la Liga lombarda, á fin de hacer frente al emperador Federico I, tocayo mio. Los milaneses la construyeron primero con barro y paja, de donde los gibelinos la llamaron, por mofa, de la *Paja*, viniéndole el

nombre de Alejandria del Papa Alejandro III, protector de los güelfos.

Gastada una hora de espera en dicho punto, me introduje en el wagon, pasé en Valenza sobre otro puente de 21 arcos, atravesé otro túnel de 2.060 metros, ví una magnífica puesta de sol, y llegué á Milan á las diez de la noche. Cené y me metí en la cama. Pero entre ambas operaciones medió el lapso de una hora. Situada la fonda casi inmediata á la catedral, yo no podia, sin perpetrar un crimen de lesa arte, acostarme repleto como un clérigo, á dos pasos de la maravilla.

Salí á la calle de Carlos Alberto, que me llevó á la plaza del renombrado teatro de la Scala, donde se eleva hermoso monumento á la memoria de Leonardo de Vinci, tan hermoso como el génio de este hombre extraordinario, pintor, escultor, arquitecto, ingeniero, versado en todas las ciencias y cultivador de todas las artes. Se le tacha de afeminado, y este defecto, felicísima dote suya, es el sello de la delicadeza impreso á la plenitud de su númen.

Pronto ví la entrada de la suntuosa Galería de Victor Manuel, la que atravesé sin detenerme, admirando su grandioso aspecto. Sabedor de que la Galería abocaba á la plaza del Duomo, súbito me hallé delante del fantástico templo.

Espétaba recibir la impresion romántica de una mole sumida en las negruras de la noche. Nada de eso. La impresion fué tranquila, como todo lo que viene de una gran armonía. Anchurosa plaza, flanqueada de palacios con pórticos, sirve á la catedral de adorno. Un círculo de faroles de gas, colocados en el centro de la plaza, con otras filas de luces y candelabros, iluminan débilmente la fachada, que á tal hora tiene el tono de la nieve hollada por los caminantes: efecto del tránsito de los siglos por el mármol. Es tarde y apenas pasa gente. Reina profundo silencio, no el de las tumbas sino el de la contemplacion. Parece que los faroles miran la iglesia como si no pestañearan. Tambien las estrellas la miran sonrientes. Las casas de los alrededores se agrupan contentas de su sitio, y callan para no turbar los pensamientos de aquellos millares de santos que escalan la blanca montaña mística. Despues de rodearla desde el valle de lágrimas, desde la tierra, torné á mi hospedaje. Entonces fué cuando me metí en la cama, aunque no pude pegar los ojos en un buen rato.

Al dia siguiente, el sol me sacó de casa, y en derecha me fuí á visitar aquel amor que por la noche me habia echado en la ciudad de Milán. Apenas le vi, desde un ángulo de la plaza, bañado en luz celestial que penetraba por todos los calados, resaltando las transparencias marmóreas; apé-

nas seguí con la mirada las elegantes y derechas agujas que terminan en un elegido, del cual parte una oración que llega al cielo; apenas comprendí el conjunto de adornos, columnas, alicatados, doseletes, estatuas, filigranas, flechas, terrados y parapetos agujereados, pináculos y cuanto la vista puede abarcar en oblicua dirección, sentí que el llanto se agolpaba á mis ojos, oprimiendo suavemente el pecho una dulce emoción.

Penetré en el alegórico templo, maravillándome del idealismo que realizan los altísimos pilares octangulares, con haces de finas columnas, que se elevan para sostener las caladas bóvedas agudas. En los muros, entre cuerpo y cuerpo vertical de arquitectura, inmensas ventanas de vidrios pintados, simulando asuntos religiosos, conducen tenue luz adecuada al misterio del lugar. Y entre ventana y ventana, preciosos altares de ricos mármoles, con celebradas pinturas y sóbria ornamentación.

¿Quién ha ideado aquella cruz latina con tres ábsides, cinco naves y una cúpula, exenta al interior de aparato decorativo, con aras exiguas, capillas pequeñas, sencillo baptisterio, y cuyo exterior resume los encantos del gótico en nívea piedra, no habiendo alarde, ni capricho, ni detalle, ni rasgo de estilo que allí no se vea llevado á feliz término? ¿En qué divina mente y extranatural fantasía brotó aquel sueño donde lo imaginable toma forma imperecedera y el gusto más refinado, unido á la más vária riqueza artística, regula los delirios de la inventiva? Nadie lo sabe: el nombre del autor permanece ignorado. Debió ser una organización exquisita, exuberante, prodigiosa.

La fundación es debida á Juan Galeazzo Visconti, que puso la primera piedra el año 1333. Se erigió sobre las ruinas de una humilde iglesia dedicada á Santa María Mayor; pero habiéndose perdido los documentos originales relativos á la construcción, se perdió el nombre del que dibujó en el papel las mágicas líneas que sintió su alma. Los más célebres arquitectos de Italia y del extranjero dirigieron sucesivamente la fábrica durante largos años. Se supone que es una creación germánica, modificada por los arquitectos lombardos que fueron poniéndola en obra. El bellissimo gótico italiano que en ella predomina está proscrito de la fachada, que es romana, con cinco puertas de adornos miguelangelescos. Sobre la principal hay una lápida con esta dedicatoria: *Marice nascenti*. ¡Qué contraste con el colosal y aparatoso frontón de San Pedro, cuya faja corre por todo lo ancho de la fachada, diciendo que Pablo V Borghese dedica la Basílica á San Pedro, príncipe de los Apóstoles! Los escultores de Lombardía han

dejado cada cual en este templo trazas de su paso por el mundo del arte. Así llegan á seis mil, entre grandes y pequeñas las estatuas colocadas en el ápice de las cupulillas, dentro de los nichos, al redor de los muros, en los flancos de las ventanas, en todos los huecos y sobre todos los puntos de soporte.

La parte superior del Duomo es compendio de hermosura artístico-religiosa. Al pié de la gran cúpula calada puede el cristiano, puede el amante de la belleza en absoluto, contemplar la magnificante profusión de labores de entre las que surgen un sinnúmero de estatuas de santos, bella alegoría de la Ciudad de Dios; y desde allí, ántes de remontar el espíritu su vuelo á las empíreas regiones, puedan los fascinados ojos corpóreos espaciarse por el panorama de Milán entero, y por el más alejado valle del Po, desde los Apeninos de Liguria hasta el Monviso, corriendo de vértice en vértice la intermedia cadena de los Alpes.

Junto al Duomo, representando la Edad pasada, está la galería de Víctor Manuel, que representa la actual. Tiene esta agrupación de edificios la forma de una cruz griega, cuyos brazos se concentran en un octógono rematado por una cúpula de hierro y cristal, de cuyas materias se compone el techo en su totalidad. La arquitectura moderna ha apurado en esta galería sus recursos, brillando fastuosa. Tiene tres pisos y pavimento de mosaico. La profusión de estatuas, el ornato lujoso en el que emplearon sus talentos distinguidos artistas milaneses, resalta á favor de la iluminación nocturna, que brota de noventa espléndidos establecimientos y de una línea de encendidos globos de cristal que marca el arranque del techo y la base de la cúpula. Soberbia como es, centro de numerosa reunión atraída por los incentivos de sus lindos cafés, y los caprichosos escaparates de pulidas tiendas, me he salido de ella á menudo para echar un requiebro á la seductora catedral.

Milán es una ciudad muy bella, renovada en poco tiempo. Desde la plaza de Duomo parten á los extremos de la población anchos y largos corsos, no á semejanza de los rayos derechos de una rueda, sino como los rayos tortuosos de las nubes fulgurantes. Luego terminan en puertas, algunas de las cuales son de extremado mérito.

En estos corsos y en las secciones entre ellos comprendidas hay buenos teatros, notables iglesias, espaciosas plazas, grandes palacios públicos y particulares. En algunas de las plazas se alzan monumentos á hombres grandes que la patria reverencia, siendo Cavour el más favorecido por la Italia moderna.

Milán, ciudad culta, elegante, artística, es el París de Italia. En ella dejo mi catedral, mi no-

via, entregada á los extranjeros que no la dejan ni á sol ni á sombra, mas siempre pura como la materia de que está formada, del quinto elemento, segun madame Stäel llamaba al mármol.

Las lluvias me impidieron hacer una excursión á los lagos. Al salir de Milán, una furiosa tempestad se oponía á la marcha del tren. A pocos pasos de distancia no se percibían los objetos cubiertos por espesa niebla. El huracán arremolinaba el polvo de los caminos y el humo de la máquina. Compacto pedrisco ametrallaba los coches, quebrantando los cristales. Se ve que la atmósfera no queria dejar por mentirosos á los autores de calendarios que habian predicho un ramalazo general.

Cerca de Magenta cesó la rabia, disipóse la niebla, terminó el pedrisco, se aplacaron las nubes, y lució el sol para que pudiéramos contemplar los campos donde los franceses sacudieron de nuevo el polvo á los austriacos el 4 de Junio de 1859: si bien, como compensacion para los austriacos, pudimos contemplar 22 kilómetros adelante, al Sur de Novara, el sitio en que los austriacos habian zurrado la badana al ejército de Carlos Alberto el 23 de Marzo de 1849.

Febo hundió clásicamente su dorada cabellera en el mar, y no nos permitió más contemplaciones. Caminamos de noche, notando confusamente la cadena de montes Apeninos que borrosa aparecía en el espacio semi-oscuro. Una brisa, precursora de los rigores autumnales, nos acompañó hasta Turin, refrescándonos con algo de exageración. Mañana será otro día, dije para mí, al meterme complacido entre las sábanas del lecho.

F. MOJA Y BOLIVAR.

(Continuará)

## BIBLIOGRAFIA.

*Orlando furioso*, poema escrito en italiano por Luis Ariosto, y traducido al español en octavas reales por D. Vicente de Medina y Hernandez.

Se acaba de publicar las entregas 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup>, que forman dos cuadernos de 80 páginas en folio menor. Barcelona, 1878.

En las principales librerías de España se admiten suscripciones á toda la obra, al precio de dos pesetas cada cuaderno.

*Artilleria Armstrong y Krupp*. Estudio comparativo de los dos sistemas, al alcance de todos, por D. L. A.—Un folleto de 48 páginas en 4.º—Madrid, 1878. Tip. de G. Estrada

*Cromos y acuarelas*. Cantos de nuestra época, por D. Manuel Reina, con un prólogo de D. José Fernandez Bremon. Un tomo en 4.º, de 170 páginas, edicion de lujo.—Madrid, 1878. Imp. de Fortanet.

Se halla de venta al precio de 12 reales en las principales librerías de Madrid y provincias.

*La Atlántida*. Poema de D. Jacinto Verdager, presbítero, premiado por la Diputacion provincial de Barcelona en los *Juegos florales* de 1877, y traducido al castellano por D. Melchor de Palau. Un volumen en 8.º mayor, de 350 páginas, elegantemente encuadernado, impreso en papel de hilo, á espensas del Excmo. Sr. D. Antonio Lopez.

Se vende al precio de 6 pesetas: en Barcelona, en casa de D. Eusebio Riera, calle de Robador, 24 y 26, y en las principales librerías; y en las demás provincias, en casa de los corresponsales de dicho señor.

*La Sataniada*. Grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las tinieblas, por Crisófilo Sardanápalo. Consta de 30 cantos, con notas, un proemio y un *post scriptum*, y forma un tomo en 8.º mayor de más de 400 páginas. Madrid, 1878. Imprenta de A. J. Alarín.

*El derecho romano en cuadros sinópticos*, por D. Rafael Ramos, licenciado en derecho civil y canónico. Un cuaderno formado por veinte cuadros. Valencia, 1878, Imprenta de José M. Blesa.

Se vende en las principales librerías de España, al precio de 6 pesetas.